



Un lugar
para
refugiarse.

La historia
de una
infidelidad...

Mía Nizar

Un lugar para refugiarse

La historia de una infidelidad

Mía Nizar

Título: Un lugar para refugiarse y La historia de una infidelidad

© 2019 Mía Nizar

Todos los derechos reservados

1ªEdición: Enero 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Un lugar para refugiarse

Mía Nizar

Capítulo 1

Por fin, a mis veinticinco años, estaba haciendo las maletas para irme del centro de acogida en el que había estado desde los cinco años cuando me entregaron.

Me esforcé en mi carrera de psicología, gracias a ellos me permitieron quedarme en el centro más tiempo de lo habitual, respetando que terminara mis estudios y como ahora, encontrara un trabajo.

Me iba a vivir con una familia que habían precisado mis servicios durante un año, para cuidar a su hijo enfermo de solo seis años, lo bueno de todo es que me ponían una habitación, las comidas y así, el sueldo lo podría ahorrar para cuando acabase el contrato, poder independizarme.

Con maleta en mano, me fui a despedirme de todo el personal del centro, en el fondo habían sido lo más parecido a mi familia, algunos más que otros, pero ellos habían sido lo que siempre recordaré como parte de la historia de mi vida.

Una vez que metí las maletas en el coche que me llevaría al que sería mi nuevo alojamiento, me giré, quería ver por última vez aquel sitio, ese que me hizo sentir la falta de una familia de verdad, pero que a la vez me había dado el refugio para sentirme protegida hasta poder cuidarme por mí misma.

Abandonaba Dublín, Glendalough, era el próximo destino, un lugar enclavado en un valle con dos lagos, donde estaría ese lugar para refugiarme.

Cuando el chofer me señaló a lo lejos cual era la casa, mi piel se erizó, era una estampa de lugar, con una magia y un encanto espectacular.

Me despedí del chofer y saqué las maletas, cuando de repente salió un chico impresionantemente guapo, con una de las sonrisas más bellas que jamás había visto, me quedé sonrojada e impresionada.

— Eres Elena Rose ¿Verdad? – dijo alargando las manos – Buenos días.

— Sí – sonreí ruborizada – Buenos días, señor.

— Mi nombre es Alan Smith, pero llámame solo Alan – sonrió a la vez que cogía mis maletas.

Miraba embobada todo, la casa era preciosa, la habitación que sería la mía era espaciosa, muy luminosa y unas vistas que eran dignas de fotografía.

— Alan ¿Y el pequeño? – pregunté al no verlo por ningún lado.

— Lo llevó hoy Carina al médico, debemos de llevarlo diariamente.

— ¿Qué le ocurre? – pregunté pues sabía que estaba enfermo pero nadie me había contado que le ocurría.

— David tiene una enfermedad que está acabando con él, le dan máximo un año, a no ser que el nuevo tratamiento de algo de luz, pero aún no se le ve que esté funcionando.

— Lo siento – dije tristemente, me habían llenado de dolor esas palabras.

— Él lucha por ganar, es todo un guerrero, me parte el alma que esta vida no nos de opciones con las personas que más amamos – decía con el rostro lleno de dolor mientras servía dos cafés.

— Quiero creer que, si la vida me lo arrebatara, será porque le tiene preparado un lugar mejor que este.

— Es un niño muy feliz a pesar de estar pasando por esto...

— Tu mujer y tú, os tenéis que apoyar y enfrentaros al golpe que os está preparando la vida.

— Carina en el fondo me culpa a mí de todo, imagino que es una forma de pagar la rabia con alguien, pero es evidente que lo nuestro está aguantado por el peque, en el momento que nos deje, no habrá nada que nos mantenga juntos...

— Vaya, lo siento mucho.

— No le digas nada a ella de que te lo expliqué, te lo ruego.

— No suelo desvelar nunca las conversaciones, tranquilo.

— Gracias, estoy deseando que conozcas a David, te va a ganar desde el primer saludo.

— Ya me ganó y aún no lo vi – sonreí.

Volví a la habitación a colocar todo, pensando en la historia tan triste que había detrás de esa familia.

Luego salí al lago, a sentarme y respirar aquel aire tan puro y especial que emanaba de aquel lugar.

— Es una maravilla de lugar – dijo Alan viniendo por atrás.

— Sois unos privilegiados – dije observando que se sentaba a mi lado.

— Entiendo que será por la situación tan delicada que estoy pasando, pero lo veo un lugar muy triste.

— Para mí después de vivir 20 años en el centro, esto es un regalo del cielo.

— Lo imagino, creo que eres huérfana ¿No?

— Ni idea, recuerdo como lloraba mi padre al dejarme allí y mi madre sin embargo era lo contrario, como si se quedara aliviada, esa imagen la llevaré siempre en mi mente, no entiendo como mi padre no hizo nada o no me buscó en este tiempo...

— No lo entiendo, yo amo a mi hijo con toda mi alma, al igual que su madre, ella solo dejo de amarme a mí, pero por el niño muere.

Por supuesto que no lo haría, por respeto, pero me dieron unas ganas de darle un abrazo a Alan...

Llegó un coche, eran Carina y David, ella iba impecable, saludaba sonriente y amablemente, yo fui a recibirlos, le di la mano a ella, pero me dio un beso en la mejilla. Abrí la puerta para que saliera David, que lo hacía con una preciosa sonrisa y para mi asombro me dio la mano.

— Eres precioso – dije ayudándolo a salir del coche.

— Gracias – volvió a regalarme otra sonrisa y corriendo a los brazos de su padre.

Carina se despidió de Alan y de mí, le dijo que me pusiera al día de todo lo importante y se fue a trabajar. La frialdad al mirar a Alan era notable, a David se lo comió a besos.

Nos quedamos los tres fuera, yo miraba al pequeño David, un niño precioso y correctamente educado, pero que había algo en el que anunciaba un desenlace demoledor, me ponía los bellos de punta y me formaba un nudo en la garganta.

Alan me dio el contrato para que lo leyera, el entró un momento para ponerse cómodo.

El contrato tenía las cláusulas del horario laboral siendo de ocho de la mañana a tres de la tarde, se explicaba en el que al levantar el pequeño había que ponerle el desayuno en el salón y encenderle los dibujitos, en torno a las dos había que darle de comer, ya que lo pedía justo a esa hora y cualquier síntoma había que llamar inmediatamente al doctor al número que había en la libreta al lado del teléfono fijo, además había que permitirle al niño jugar en todo momento que le apeteciera, haciendo hincapié de que el trato al menor debía ser correcto, cariñoso y amable.

En el contrato venía también los horarios de la medicación que debían ser en las horas exactas, además de todas las cláusulas de remuneración y demás.

Todo era normal, correcto y sencillo en ese contrato, pensé viendo a Alan regresar, traía una tetera y dos vasos.

Era un hombre atento, muy servicial, además de gran persona y padre.

El pequeño me sorprendió.

—Eres muy guapa – dijo con esa vocecilla entrecortada.

—Dios David, el único extremadamente guapo ¡eres tú! – dije acariciando su barriguita.

Comenzó a chispear y tuvimos que adentrarnos en la casa.

— Estoy deseando hacer una tarta, me encanta en estas épocas – dijo el pequeño.

— Pues yo creo que podríamos hacer una en estos días – dije aññadamente.

— ¡Perfecto! Me encanta la idea – dijo David.

— Si tus papás nos lo permiten hacemos una de tres chocolates – dije esperando la contestación de Alan que no tardó en darla.

— ¡Claro! Tenéis mi permiso, estaré deseando de probarla.

— Pues mañana la hacemos – guiñé el ojo al pequeño y si no hay ingredientes los compramos.

— Vale – respondió el precioso niño muy emocionado.

Fuimos a la cocina a preparar el almuerzo, solo comeríamos los tres, la señora no volvería hasta la noche.

Al abrir la ventana pude sentir ese aire otoñal, era un frescor con carácter propio, me encantaba sentirlo.

— Mañana trabajamos Carina y yo, tendréis que comer solos – dijo Alan ayudándome.

— ¿En que trabajáis?

— Soy profesor en un pueblo de aquí al lado, de educación física y Carina en Dublín es la encargada de una importante firma de ropas, estuvo con una excedencia y hoy fue a preparar todo, mañana se vuelve a incorporar a su puesto. No trabajo los fines de semana que aprovecho para estar aquí relajado con el pequeño, ella sin embargo sí que trabaja algunos sábados por la mañana.

— La casa pide disfrutarla – sonreí.

— Es la herencia de mis padres.

— Es una suerte...

A David se le veía de lo más feliz, paso toda la comida bromeando.

Ya había terminado mi horario, me di una ducha y le dije a Alan que me iba a dar una vuelta a familiarizarme con el pueblo, conseguí llegar al centro donde el turismo, los bares, tiendas y demás, estaban concentrado.

El lugar tenía un enclave perfecto, me gustaba el ambiente que se respiraba allí, aproveché para andar por un sendero, eso era vida, contacto total con la naturaleza.

Paré a tomar un café en un precioso bar, en ese momento me llegó la tristeza, sabía que ese pequeño había entrado fuerte en mi corazón y me tenía que preparar para el día que lo viera partir, además, Alan era una persona maravillosa, el marido y padre que todos deseábamos tener y pensar en el dolor que estaba atravesando me partía el alma, sentía una atracción fuerte por él, jamás me había pasado con nadie.

Volví más tarde a la casa y al llegar el pequeño me dijo que cuando se despertó de la siesta me había echado de menos, lo abracé fuertemente y le besé la frente, mientras él sonreía.

— David, me he enamorado de tu pueblo y el entorno, tienes mucha suerte de vivir en este lugar – dije al pequeñajo.

— Sí, además tengo senderos secretos, si quieres mañana te los enseño.

— Me parece fantástico ¿Nos dejará papá? – dije mirando, sonriendo a Alan.

— Claro, le encanta pasear, además hablé con el doctor y lo llevaré a consultar por la tarde.

— Mañana te los enseño ¡Bien! – dijo feliz David.

Preparé la cena en un rato llegaría Carina, lo hice pensando lo tonta que era en dejar apartar de su vida a un hombre con Alan, mientras lo pensaba apareció y se comió a besos a su hijo, al saludar a Alan, lo hizo con una frialdad aterradora.

David, durante la cena le conto los planes a la mamá de la tarta y el paseo, ella se alegró y lo motivaba, eso sí, se notaba que moría por complacer al hijo en todo y que fuera un niño muy feliz.

Capítulo 2

Miré qué hora era y apenas las nueve y media, estaba acostumbrada en el centro de acogida a acostarme temprano, había estado allí por veinte años al fin y al cabo. Tenía ganas de independizarme y de hacer mi vida, no me gustaba sentir que vivía de prestada, quería vivir sola y tener mi propio hogar.

Quise leer un rato antes de dormir, cogí mi nuevo libro y me dispuse a leerlo, necesitaba evadir mi mente metiéndome en alguna historia, era la mejor terapia.

Me desperté temprano, no eran ni las ocho de la mañana, me puse a preparar el desayuno y poco después vi a Alan, ya estaba preparado para irse a trabajar. Dejó su maletín sobre la mesa de la cocina y me dedicó una sonrisa.

— Buenos días, Elena, ¿dormiste bien?

— Buenos días, Alan. Sí, lo hice, parece que también tú -dejó todo preparado para el desayuno.

— Buenos días — Carina entró también en la cocina.

Les preparé el café cuando me dijeron cómo les gustaba y fui a marcharme, pero Alan me pidió que desayunara con ellos. Me dio un poco de vergüenza, le sonreí y me senté a la mesa. Carina miraba su móvil y no le hacía caso y supuse que a Alan le gustaría tener algún tipo de compañía mientras desayunaba.

Ambos hablamos sobre los planes del día y después se fueron los dos a trabajar.

Seguí allí sentada, tomándome otro café. Pensé en Alan, seguramente se sentiría solo, después de lo que estaba viviendo... Al igual que Carina. Y era triste que cuando más necesitaban estar unidos, menos lo estuvieran.

Recogí la cocina e hice algunas tareas del hogar, terminé pronto y al poco tiempo apareció David, medio dormido, me dio un beso y un abrazo.

— Buenos días, dormilón, ¿cómo te despertaste?

— Quiero dormir —se quejó.

— Entonces te tomas el desayuno y te acuestas un poco más en el sofá, ¿qué te parece?

Me dijo que sí con la cabeza y se fue al salón, le preparé las tostadas con el zumo y se lo dejé allí, en una bandeja, para que desayunara.

— Entonces, ¿dónde vamos hoy?

— A un lugar que te encantará —dijo ya animado—. Es un secreto mío y de mi padre, pero sé que no le va a importar que te lo enseñe.

— Claro que no y yo estoy deseando conocerlo —dije alegremente—. Tú desayuna, yo termino algunas cosas y ya nos preparamos para irnos, ¿vale?

Me dijo que sí y me puse a hacer su cama. Un rato después, los dos salíamos de la casa. nos preparamos una pequeña mochila y yo había preparado algo de comer para que David comiera algo tras tomarse la pastilla.

Caminamos lentamente, yo me dediqué a hacer fotos a todos los lugares, era precioso. Todo verde. Todo paz...

— Estamos cerca ya —David estaba cada vez más nervioso.

— Estoy que no puedo con la intriga. Quiero llegar ya.

— Mi padre y yo encontramos ese sitio por casualidad y es nuestro secreto desde ese día, creo que casi nadie lo conoce y es perfecto para que nos escondamos.

— ¿Y por qué para escondernos? —pregunté intrigada.

— Ya lo entenderás.

Un poco más adelante, vi una pequeña cueva a lo lejos, estaba como escondida entre unas montañas. Ese era el lugar, seguro. David la señaló, con los ojos brillantes por la emoción. El lugar era pequeño y David tenía razón, aquello transmitía paz. Tenían allí mantas y, cómo no, juegos de mesa. Supuse que iban con frecuencia y sonreí.

Estuvimos allí como dos horas, reímos y jugamos, David estaba contento y eso me hacía feliz. Estaba luchando con una enfermedad dura y era muy fuerte por eso, nunca dejaba de ser cariñoso ni perdía esa sonrisa de la cara. Dejé esos pensamientos a un lado, no quería entristecerme delante de él.

Al salir de allí, paseamos. Un valle precioso con mesas y bancos donde sentarse. Y fue ahí donde nos paramos a comer algo y a que David se tomara la pastilla. Y terminamos llegando a la casa agotados.

— ¿Te duchas tú y yo llamo al señor Peter? Tiene que traernos las cosas para el pastel.

— ¡Sí! —gritó.

Se fue corriendo al baño y yo a buscar el teléfono después de ver qué necesitaba. Hice el pedido de lo que necesitaba para cocinar el almuerzo y la tarta y me dijo que lo tendría pronto en casa, así que me puse ropa cómoda para ponerme a cocinar. Era la primera vez que estaba sola en esa casa, quería hacerlo bien.

David, ya duchado, me ayudó a preparar la comida, le hacía ilusión, cuando el señor Peter nos trajo las cosas que le había pedido. Con música de fondo, estábamos disfrutando mientras cocinábamos juntos.

— Ahora hay que echar otra vez chocolate y se termina, con ese caso. No, no, el negro -casi se equivoca- Así, bien... - lo animé cuando ya lo hizo bien y quitó ese ceño fruncido de su cara.

— Cocinar es difícil—se quejó.

— Pues sí lo es, pero lo haces muy bien, me sorprendiste.

— ¿En serio? —me miró con los ojos muy abiertos.

— Claro, yo no miento nunca. Ahora al frigo y cuando esté fría, nos la comemos —le sonreí.

— Mi padre no se va a creer que también hice la tarta, se sentirá orgulloso de mí.

— Él siempre estará orgulloso de ti, David, no dudes eso nunca—le di un beso en la cabeza, era un niño muy dulce.

— Pues voy a poner la mesa para comer.

Alan llegó a casa y ya estaba todo listo, así que nos pusimos a comer. David no paraba de hablar, le contó a su padre cada cosa que hicimos. Yo reía y Alan se disculpaba conmigo con la mirada. No tenía importancia, me gustaba ver a David feliz, no me molestaba que hablase.

Cuando terminamos de comer y recogí la mesa, saqué la tarta que hicimos.

Recogí la mesa mientras ellos dos seguían hablando y saqué la tarta.

— Vamos a ver qué tal le salió el experimento a David —bromeé.

— Parece que estará deliciosa —dijo Alan.

— Claro que lo estará, papá. Las cosas son buenas cuando se hacen con cariño.

— Eso no lo dudo — Alan me miró a los ojos.

En ese momento me puse colorada. Entonces él cogió una cuchara y probó la tarta. David y yo esperábamos que dijera algo, a ver cómo estaba.

— Mmmm..., deliciosa, la mejor tarta que he comido nunca—lamió la cuchara de nuevo, David saltó de alegría, haciéndonos reír a Alan y a mí.

La verdad es que la tarta estaba muy buena. Ya con todo recogido, David se echó en el sofá para una siesta y Alan y yo nos tomamos una taza de té.

— Está muy feliz, gracias, Elena.

— A mí no tienes que dárme las, me gusta verlo así.

— Lo sé, por eso te las doy. Lo único que deseo en la vida es ver a David solo—dijo tristemente.

— El feliz. Es fuerte. Es afortunado, tiene unos padres que lo adoran —esa vez yo soné triste.

— No te faltó el cariño seguro, aunque no tuviste el de tus padres. Y estoy

seguro de que nunca te faltará, Elena.

Bebí un poco de té, no sabía qué responder a eso.

— ¿Tienes pareja? —me preguntó de repente.

— No, no tengo y no quiero por ahora, solo me importa David —le guiñé un ojo.

— No sabes lo feliz que me hace oír eso.

Miré a otro lado. Me estaba empezando a imaginar cosas y seguramente no era así. Solo estaba siendo amable, pero la verdad es que me ponía nerviosa.

Después de la siesta, fuimos a ver al doctor en el coche de Alan. Insistieron en que entrara con ellos y lo hice. Fue todo rutina y para casa. habíamos merendado en una cafetería por el camino, así que tardamos un poco más en llegar.

Ya en casa, estaba allí Carina. Abrazó a David y se sentó junto a él en el sofá. Yo me dispuse a preparar la cena.

Me acosté pronto tras dejar todo recogido.

Estaba cansada, pero sonreía. Había sido un día perfecto.

Y Alan...

Ese hombre me hacía suspirar. Había algo en él y en su forma de mirarse que me ponía nerviosa y roja como un tomate.

Me reñí a mí misma por pensar cosas que no eran. El problema era que a mí me gustaba ese hombre, pero no era recíproco, solo imaginaciones mías.

Aunque sus miradas parecieran decir otra cosa.

Y yo, tonta que era, no pude evitar fantasear con que había algo más. Hasta

quedarme dormida.

Capítulo 3

Desperté y me fui a mirar a David, dormía plácidamente, aproveché para lavarme la cara y asearme, luego me preparé el desayuno y lo hice mirando por la cristalera del salón, el lago era una estampa para ese momento, fantaseaba con vivir ahí, junto a Alan, para que mentirme.

Un rato después apareció David corriendo, a tirarse a mis brazos y darme el abrazo más tierno que jamás me habían dado.

— Buenos días, que alegría verte ¿Dormiste bien?

— Sí y estoy loco por mi cola cao y tostadas ¡Muero de hambre! – soltó una preciosa risa mientras tocaba su barriga.

— Vamos a la cocina que eso en dos minutos lo tienes sobre la mesa – le di una palmada en el culo y saltó riendo.

— Me encantaría ir al cole – me confesó.

— Bueno, tomate esto como unas vacaciones para recuperarte – dije evitando llorar pues me había partido el alma.

— Aquí lo paso mal, mi mamá odia a mi padre y ama a Mike, se cree que no lo sé, pero lo sé todo y me hago el tonto para no hacer más daño.

— ¿Mike?

— Habla con él por teléfono, es de su trabajo, mi papá no lo sabe.

— Lo mismo es otra cosa y no lo entendiste bien – quise quitar hierro.

— Ella me quiere mucho yo lo sé, pero es muy mala con papá y él es muy bueno, no se lo merece, menos mal que has venido, me siento más contento y tengo con quien desahogarme.

— Lo mismo lo de Mike, se trata solo de una amistad.

— No, ella siempre le dice que ojalá el fuera mi padre y no Alan.

No me podía creer lo que estaba escuchando, me estaba partiendo el alma y le estaba provocando un dolor innecesario ese tipo de descubrimientos a David, tan pequeño y con tanto a su espalda.

Nos fuimos a pasear, cantando, saltando, a un parque del pueblo.

— Me alegró mucho que estuvieras aquí, a mi papá se le ve más feliz y eso me hace sentir mucho mejor.

— Y yo que soy un loro...

— Mira, ese es mi amigo – dijo señalando a un señor de unos cuarenta años.

— Buenas días, te veo muy bien acompañado—dijo mirándome, sonriendo, mientras le daba un abrazo al pequeño.

— Buenos días —sonreí.

— Ella es Elena, es mi mejor amiga, vino a casa a vivir y a cuidarme – dijo ante mi asombro el pequeño.

— ¡Qué suerte ¡Yo también estaría feliz – respondió bromeando. — Os invito a tomar un delicioso y caliente chocolate.

— ¡Sí! —dijo feliz el pequeño.

— Dos votos a favor, no me puedo oponer – sonreí.

El chico era guapísimo, Will David se llamaba, cargó al pequeño en sus hombros, mientras yo empezaba a pensar que los irlandeses más guapos estaban concentrados en aquella zona.

Nos sentamos al lado de la chimenea de la cafetería, charlamos un poco y le puse en antecedentes de mi vida, poco que contar, no había más historia que la de una vida en un centro y estudiar.

Cuando se enteró que nunca había viajado, me propuso el fin de semana que lo acompañara a un precioso lugar donde se tomaban cervezas riquísimas, se comía deliciosamente y era un sitio idílico, me quedé helada, ni diez minutos que lo conocía y ya me ofrecía esos planes, además era una idea para no

quedarme encerrada en la casa mis días libres.

— Acepto, siempre que pagemos a medias – hice un gesto de que tenía que ser así.

— No, pues te invité yo, además aún no cobraste el sueldo y ya lo quieres gastar ¡Me niego! – dijo sacándome la lengua.

— Bueno, aún tengo la beca que me dieron sin tocar, así que no me arruinaré – reí.

— Si vives con esta familia es que eres una persona muy buena, así que me apetece invitar...

— ¡Yo quiero ir! —gritó el pequeño con mucho arte.

— Luego llamo a tus padres, si no tienes que ir a ver al doctor, te vienes...

— ¡Qué bien! – exclamé contenta.

— ¿A qué pueblo vamos? – preguntó el pequeño.

— Nos vamos a Cork, te has cargado el secreto – bromeó Will.

— Wow, estaba deseando conocerlo, me has dejado impresionada.

— Pues hay que convencer a mis papás – dijo moviendo las manos.

— Luego me paso por tu casa y hablo con ellos.

— ¿Le dejaran? - pregunté

— Claro, siempre que no tenga visita con el doctor, Alan es como mi hermano. Soy pediatra, así que encima estará bien cuidado - sonrió

— Entonces le llamaré doctor – sonreí.

— Llámame Elliot, como me llama todo el mundo, lo de Will David me bautizó este canalla – dijo señalando al pequeño.

Dos horas de charla ahí en la cafetería, bromeando los tres, el tiempo voló y luego nos acompañó quedando en volver después de comer, a la hora del café.

Me senté a comer con David, estaba nervioso con que Elliot hablara con su papá, así que esperamos a que llegaran mientras comíamos las deliciosas lentejas.

Apareció Alan, y a los dos minutos Elliot, se abrazaron efusivamente, se notaba que se querían bastante.

Mientras yo preparaba el té Elliot le dijo los planes a Alan y dijo que, por supuesto que lo dejaba pero que, si había sitio para él, también se venía.

Elliot se puso contento le dijo que para él siempre habría sitio, así que planearon el alojamiento en el centro de Cork, para poder hacer todo andando...

Capítulo 4

Alan tenía que llevar a consulta a David. Me dijo que los acompañara y yo no dudé en hacerlo. Nos fuimos los tres, Alan tan encantador como era siempre. En el camino recordé lo que había pasado antes en la cocina. Con esos dos hombres. ¿Quién no querría estar en mi lugar y pasar un fin de semana entero con ellos dos? Me reí por el pensamiento.

Esa vez la consulta también fue bien, igual que la anterior. Yo me ponía a charlar con cualquiera allí y Alan y David se hartaban de reír, pero el personal médico era muy amable y era como si nos conociéramos de toda la vida. Además, yo era un amor, ¿cómo no iban a sentirse a gusto hablando conmigo? Les decía eso a los dos y se reían. Pero al final decían que así era, que tenía razón y yo ponía entonces los ojos en blanco y reíamos de nuevo.

David siempre salía de allí cansado y era normal. Nos montamos los tres en el coche y el pequeño hablaba de las ganas que tenía de acostarse en el sofá a ver la televisión. No nos paramos por el camino para llegar rápidamente y que pudiera descansar.

Cuando David se tumbó en el sofá, em fui a preparar la cena. Un poco después vino Alan protestando.

— ¿Qué te pasa, estás bien? —se sentó a la mesa con el móvil en la mano.

— Carina llegará tarde también hoy, no cenará en casa.

Ahí no podía decir nada, ni opinar, solo escucharlo. Era algo demasiado privado como para que yo abriera la boca.

— Me da igual -dijo después y volví a mirarlo, dejando a un lado la cena-. No me duele por mí, me duele por mi hijo. A él le gusta comer con su madre, que esté en casa con él. Con nosotros. Que estuviera más tiempo aquí. No sé...- se notaba más que frustrado, resopló y me miró a los ojos, cambiando el tema- ¿Con ganas de excursión?

— Con muchísimas ganas —le sonreí. Lo mejor era dejar el otro tema de lado—. Estoy deseando que llegue el viernes.

— Sabía que Elliot te caería bien, es alguien muy importante para mí, es como mi hermano. Además es divertido, verás que te lo pasas muy bien, lo haremos todos.

— Si tengo que quedarme aquí, no me importa, Alan —encogí mis hombros—. Llevo poco aquí, pero me siento a gusto. Aunque no lo creas, me encanta todo esto y conocer nuevos lugares, pero también me quedaría aquí sin problemas. Me da paz.

— Y yo con tanta paz que quiero algún huracán... -me sacó la lengua y se levantó. Se acercó a mí y me puse nerviosa- ¿Puedo probar eso? -se puso a mi lado, cogió una cuchara y se dispuso a probar lo que estaba cocinando-. Hmm... Está delicioso... Creo que a partir de ahora solo cocinarás tú, eres una cocinera buenísima.

— Por mí no hay problema, me gusta cocinar —sonreí y empecé a poner la mesa.

— No lo digas, al final te tomo la palabra —rio.

Nos quedamos mirándonos y menos mal que apareció David, tenía hambre.

Puse la mesa rápidamente y Alan nos sirvió la comida. Comimos entre risas, contando anécdotas divertidas. Terminamos de comer y recogimos todo. Y aun fregando los platos, bromeábamos.

Ya con todo recogido, Alan se marchó a acostar a David y yo les di también las buenas noches a los dos. Tenía ganas de descansar y de leer un poco antes de dormir.

Escuché cómo se cerraba la puerta de la habitación de Alan y dejé la novela que ya tenía en mis manos a un lado. Admiraba a ese hombre, esa era la verdad. Y sabía con certeza, que habría luchado no imposible por mantener su relación, tal como Elliot me había contado. Pero era normal que se hubiera cansado de eso. Entonces escuché la puerta de la cabaña, ahí estaba ya Carina.

Pensé también en ella. No podía opinar ni juzgar tampoco, pero todo era muy triste. Triste que ese matrimonio pareciera estar muerto para siempre.

A la mañana siguiente me desperté temprano, tomé el desayuno mientras miraba por esa ventana. Esperé a que David se despertara para ponerle el desayuno, no sabía cuánto hambre tendría, pero solía despertarse con mucho apetito.

Me dio el abrazo de buenos días al verme y le puse el desayuno delante, se quedó viendo la televisión y me dispuse a hacer las cosas de la casa y a dejarlo todo listo.

Alan llegó a la hora de comer, estaba ya todo servido en los platos, ese día cociné algo un poco más elaborado y me había quedado delicioso. Los tres estábamos comiendo a gusto y David habló entonces.

— No puedo aguantar más tiempo —resopló, hablaba de la excursión del fin de semana.

— Queda muy poco ya —le dije muy seria, pero le saqué la lengua.

Recogí la mesa, diciéndole a Alan que ni se levantara a ayudarme.

— Pero no pienso dormir esta noche, estoy nervioso —se quejó.

— Como si nunca fueras a ningún sitio, David —rió Alan.

— Pues hace mucho que no, papá. Como mamá siempre está ocupada, ya sabes... —dijo triste.

Me puso triste oírlo decir eso.

— Ya sabes que tiene mucho trabajo —dijo Alan—, ahora olvidemos mejor eso. Pensemos en pasar una tarde perfecta, pasearemos, cenaremos rico y todo en buena compañía —le guiñó un ojo—, nos dormimos rápido y ya será mañana.

— Es como dice tu padre, David. Y hay que dormirse pronto para mañana no estar agotados -seguí yo-, porque si no, no podré ni andar.

— Pues que te lleve mi padre en brazos—dijo David frunciendo el ceño—, pero no nos vamos a perder esa excursión, de ninguna manera.

Me reí a carcajadas y Alan hizo lo mismo. Ese niño...

Fuimos a pasear toda la tarde tras el paso por la consulta del médico. Comimos algo rápido de cena y con Carina, esa vez llegó a tiempo para la cena. Fue todo algo tenso, nadie hablaba, solo David.

Tras darnos las buenas noches nos fuimos a la cama. Yo estaba en ese momento nerviosa, como David, deseaba que llegara esa excursión ya.

Capítulo 5

Viernes, al fin el esperado día para ir a Cork, Alan vino después del trabajo

para llevar al peque a la consulta, yo terminé de preparar el equipaje mío y del pequeño, además de unos bocatas para cuando volviesen del doctor.

Llegó Eliot en un flamante 4x4 de color dorado. Se bajo sonriendo y me dio un beso en la mejilla

— ¿Ganas?

— Deseando, me hace muy feliz estas minis vacaciones.

— Estupendo – dijo mientras miraba a lo lejos que llegaban Alan y su peque.

Nos montamos en el coche de Elliot, me obligaron a ir delante de copiloto para que viera mejor los escenarios de Irlanda, las maravillas que pasaríamos por el camino.

Paisajes, montañas, todas unas impresionantes vistas para dejarse llevar y soñar despierta.

David al leer un cartel con la bienvenida al condado de Cork, comenzó a aplaudir felizmente.

Llegamos al destino, a la preciosa Cork. Buscamos aparcamiento y luego fuimos para el alojamiento.

La calle estaba llena de artistas callejeros, bares y terrazas, iglesias, era toda una ciudad muy viva, muy alegre, muy especial...

Cuando llegamos al apartamento en pleno centro, me quedé alucinando, precioso, coqueto, con dos habitaciones, una para mí y David, que ya lo tenía el más que decidido y otra para Alan y Elliot.

Volvimos a bajar a pasear y a cenar, que ya era la hora.

La ciudad era acogedora, Cosmopolitan, llenas de preciosos café y todo muy cuidado, yo estaba feliz, era mi primer viaje, además con ellos me sentía de lo más cómoda.

Cenamos en un restaurante de prestigio, David fue el primero en pedir, cuando le entraba el hambre, no había quién pudiera con él, nos hizo mucha gracia la forma tan descarada de pedir al camarero el primero, luego nos miró y nos sacó la lengua.

Alan y Elliot estaban en todo momento muy atentos conmigo, inclusive sentí miradas por ambas partes como si me quisieran decir algo, me sentía pequeñita, como David, pero muy bien cuidada y tratada.

Después de cenar volvimos al apartamento, nos cambiamos para ponernos cómodos y nos encontramos de nuevo en el salón todos.

Alan abrió la botella de vino que había comprado para el d a siguiente, pero no pudo esperar y sonriendo la abrió.

David se quedó dormido y el papá lo llevó a la habitación y regresó.

—  Te encuentras bien? — pregunté a Alan.

— Genial, solo es cansancio, pero feliz de venir aquí con todos ustedes.

— Normal, madrugaste para trabajar y luego el viaje, pero sé que además te comes mucho el coco amigo – dijo Elliot.

— Ya, pero no tengo capacidad ni fuerzas para pensar en mí, ahora ya sabes dónde está mi corazón y mi cabeza. Además, de lo otro que es un poco difícil de digerir y aguantar.

— Debes ya de pensar en ti y replantear tu vida – dijo riñéndole.

— Es difícil y doloroso todo, aguantar estar en una habitación con Carina, con su frialdad, ojos llenos de odio y yo aguantando por no dañar a David, eso no me lo perdonaría, por eso aguanto, por él, para que lo que le quede no sufra al ver a sus padres separados.

— Te voy a hablar claro, amigo, tu mujer está viviendo su vida ya, dejándote el marrón de todo a ti, la responsabilidad más gorda, no significa que no quiera a su hijo, todos sabemos que lo ama y lo quiere a lo grande, pero va a su bola... Pienso que David se da cuenta de todo, pero se calla para no hacer más daño, pero quizás esto le esté haciendo más que si tu tomas una decisión ya y pones las cosas en su lugar.

Yo le daba la razón a Elliot, pero no hablaba, escuchaba mirando mi coma de vino, pero estando de acuerdo con él en cada palabra.

Alan le daba la razón, pero de ahí a hacer caso, iba un mundo...

Después de las charlas me acosté al lado de David, en la habitación de los dos y me quedé mirándolo, entre lágrimas, por lo que estaba pasando, siendo tan pequeño...

David a las nueve comenzó a tocar las palmas para que nos levantáramos, nos reímos tela, le volaron almohadas, pero él ya estaba con la alerta de su

desayuno, así que nos fuimos a la calle a que nos lo pusieran por delante.

Nos dimos el desayuno padre, como decía Elliot, que comió todo lo suyo y lo que iba pillando de nosotros, vaya desayuno se dio el pequeñajo...

Alan y Elliot no dejaban de buscarnos la lengua a David y a mí, que nos poníamos a contestarles felizmente, me trataban como una pequeñaja, pero yo les daba de su medicina.

Fuimos a una iglesia que dejaban tocar la campana del campanario dejando una ofrenda y David lo hizo ilusionado, estaba loco de contento con esa experiencia.

Cork impresionaba, para mí era la belleza de todo Irlanda, sabía que tendría que volver más veces, me enamoraba cada paso que andábamos.

Entramos al mercado más bonito, colorido y completo del país. Alan y Elliot miraron embobados una carne de chuletas brutalmente grandes y frescas, la compraron para por la noche hacerla en el apartamento.

Subimos al apartamento a dejar la compra, luego volvimos a perdernos por las calles y entramos a un pub a tomar una cerveza, el pequeño se puso a jugar con el móvil de Alan.

Alan me miraba de vez en cuando, traspasando mi piel, sabía que en su mirada había un mensaje, lo entendía así, además Elliot también, para que mentirnos, los dos parecían estar lanzándome mensajes ocultos. Alan me ponía nerviosa, erizaba mi piel y me sonrojaba.

Hablamos de hacer más fines de semana alguna que otra escapada, a mí me pareció una idea genial, sin dudas, estaba ahora viviendo de verdad.

Comenzó a llover, lo vimos desde dentro del pub, cosa que nos frenaba a

seguir callejeando.

— Una ronda más – gritó Alan al comprobar que la lluvia nos haría quedarnos un rato más refugiados en aquel pub.

Elliot y yo soltamos una carcajada y le afirmamos con la cabeza riendo.

Alan salió de nuevo al mercado a comprar marisco para por la noche, la carne la haríamos al medio día ya que la lluvia iba a hacernos quedar en el apartamento el resto del día.

Volvió un rato después al pub con las bolsas.

— ¡Listo! – dijo volviendo a sentarse.

— Tres cervezas – pidió Elliot al camarero otra ronda – nos la bebemos y nos vamos para la casa.

David se sentó en mi falda para enseñarme un video de unos dibujos de un niño que era muy malo y estaba riendo como loco enseñándomelo, diciendo que sus travesuras eran muy duras, a mí se me caía la baba con él.

Pasamos por una tienda de juguetes antes de entrar a la casa y dije de entrar, le compré una bolsa de animales de gomas al pequeñajo para que formara un zoológico en el apartamento y se distrajera.

Alan me miraba, pero era con más tacto, Elliot sin embargo sus miradas eran más descaradas, me sentía en medio de dos chicos que al parecer me querían seducir.

Pasamos una comida divertidísima, además de la tarde y la cena, nos pusimos

tibios a comer, a contar anécdotas, historias y mil cosas más.

Capítulo 6

Escuché a David riendo en la cocina y me desperté. Fui y me encontré a ellos tres desayunando. Alan, al verme, se levantó para prepararme un café. Me senté y me uní a ellos, tenía un hambre impresionante viendo lo que había preparado Alan, era increíble.

Ese día no paraba de llover, Elliot fue a buscar el coche y lo dejó en la puerta para que pudiéramos guardar las cosas en él y volver a la casa en el lago.

El camino fue rápido, solo paramos una vez para comer algo, en un restaurante que Alan y Elliot conocían y les gustaba. Y la verdad era que la comida estaba deliciosa, tenían buen gusto.

Llegamos a casa, no estaba lloviendo allí. Nos despedimos de Elliot, nos veríamos pronto, teníamos que preparar otra excursión todos juntos otra vez porque nos lo habíamos pasado muy bien juntos. Yo me había sentido muy cómoda y habíamos reído mucho.

Cuando entramos en casa, Carina ya no estaba y no era algo raro. Dejamos las

cosas en las habitaciones y preparamos un té. David se quedó viendo la televisión y se quedó dormido al final, pero no nos preocupó porque ya había comido.

— Me ha hecho feliz que estuvieras en este viaje conmigo —dijo Alan mientras me servía una taza de té.

— Yo me lo he pasado muy bien. Y también me ha encantado estar con vosotros.

— Eres un amor, tenía que haberte conocido antes... —se sentó y yo me quedé sin saber qué decir.

Eso me había dejado fuera de juego, no sabía qué hacer o decir, esperaba no ponerme roja. Él, al verme roja, se rio.

— Te lo digo en serio, has alegrado esta casa. No sé, es extraño, parece que has acabado con lo negativo que se sentía aquí. David está feliz y yo no podría ni haber imaginado hacer una excursión como la que hicimos, así que gracias.

— No digas eso, no es para tanto —dije intentando suavizar el tema que estaba aún más roja.

— Para mí es mucho más de lo que piensas, este fin de semana, por fin he podido dejar de pensar en todo lo malo.

— Me gusta escuchar eso, Alan.

David apareció por la cocina, quería comer, ese chico siempre estaba

hambriento.

— ¿Ves? Hasta más come desde que estás aquí —dijo Alan y cogió en brazos a David para darle un beso.

Carina llegó por la tarde y no dejó de darle besos a David. A mí me dio un saludo tenso, como si no le gustase ni hacer eso. Pero era normal, ella tenía que haber notado que entre Alan y yo había química y eso parecía molestarle. Yo intentaba que ella no se sintiera incómoda con mi presencia, era muy respetuosa y como me trataba no me parecía justo ni normal. Y la verdad es que me dolía, no merecía eso ni buscaba crear incomodidades en aquella casa.

Un poco más tarde se fue a dormir, decía que estaba muy cansada y no quería cenar. Abrazó a David, le dio un beso y se fue a dormir. Alan y yo nos miramos en ese momento, era raro que después de haber pasado un fin de semana entero sin su hijo, no cenase con él. Pero así era ella... O eso parecía.

Alan y yo nos entendíamos con la mirada, no necesitábamos decirnos nada y con David me pasaba igual. Había química entre nosotros, entre los tres, era algo increíble.

Alan y yo preparamos unos sándwiches para cenar, comimos para acostarnos pronto. Alan me miró y negó con la cabeza. Yo entendía lo que me decía, que no quería dormir con ella. Pero él lo hacía porque quería, nadie lo obligaba. Lo hacía él por su hijo, para que no sufriera, pero al final el que estaba sufriendo era él y su hijo se daba cuenta de todo.

El lunes comenzamos con la rutina. Me desperté, desayuné esperando a que David se levantara. Paseamos por la mañana por el parque. Nos gustaba pasar tiempo juntos. Y divertimos.

Esa vez paramos en un parque hermoso que tenía un tobogán y algo más para el disfrute de los niños. David se fue a jugar y yo me senté en un banco a estar pendiente a él.

No iba perderlo de vista, era un niño muy inteligente y no pasaría nada, pero

me gustaba verlo disfrutar.

— Vaya, pues la mañana comienza a alegrarse...

Elliot me sonrió y se sentó a mi lado. Me cogió de sorpresa también a mí.

— Hola. ¿Y tú por aquí?

— Tengo libres las mañanas y suelo pasear cerca de aquí. Siempre acabo en este lugar. No esperaba encontrarme aquí contigo, pero con ese chico al que cuidas... No me extraña en absoluto —rio y me guiñó el ojo.

— Me encanta pasear con el — sonreí también—, es todo un amor, un buen niño, no merece por lo que está pasando.

Me puse triste al recordar la enfermedad. Elliot cogió mi mano y la apretó suavemente.

— Yo sé que todo se solucionará. Tienes que tener fe. Mira, es un niño feliz, saldrá adelante.

Lo miré y sí, era feliz. Nunca perdía la sonrisa. Sonreí a Elliot y solté mi mano, me ponía nerviosa su contacto.

— El fin de semana lo pasé muy bien, gracias, no tuve tiempo de dártelas antes.

— No tienes que dar las gracias por nada. Pero quizás...

— ¿Quizás? —pregunté.

— Hay que repetirlo. Nos lo pasamos muy bien los tres, tenemos que hacerlo otra vez.

Entonces David gritó llamando a Elliot. Miramos y lo vimos correr hacia nosotros riendo. Se abrazó a él y este le dio un beso y lo cogió en brazos.

— Le dije a Elena que tenemos que repetir la excursión, así que hablaré con tu padre, ¿qué te parece? —le preguntó a David y se disculpó con la mirada por la mentira. No era nadie...

— ¡Sí! —gritó David y sonrió — ¿Querrán mamá y papá? —preguntó preocupado.

— Tu padre seguro, no lo dudes —Elliot obvió a Carina.

— ¿Y adónde iremos? —David ya estaba emocionado.

— Pues lo miraremos. Cuando hable con tu padre te digo, ¿vale? O no te lo decimos y será sorpresa

— Odio las sorpresas —David frunció el ceño, él quería saberlo ya.

— Pues yo no tengo idea tampoco de adónde vamos — David me miró y suspiró.

— Vale, pero consigue que vayamos, por favor—le dijo muy serio mirando a Elliot.

Elliot y yo nos reímos, David era muy listo. Elliot hizo la promesa y ya David se quedó más tranquilo.

— Tengo hambre —dijo seguidamente.

— Entonces vamos a comer algo. ¿Quieres, Elena?

— Pues sí, vamos.

Fuimos hasta una cafetería pequeña y nos tomamos unos refrescos y algo de comer. Bromeamos con lo que habíamos vivido en la excursión, fue divertido recordar esos momentos y hacíamos apuestas sobre dónde iríamos la próxima vez.

Estuve pensando mientras los observaba a los dos, se tenían mucho cariño y ahí pensé en Alan, debería de estar ahí con nosotros y eso me hizo sonreír y me dejó un poco asustada.

Le tenía cariño a ese hombre, demasiado. Igual que a David y a Elliot, claro, pero con Alan era muy diferente.

Elliot se marchó y nos despedimos de él. Dijo que llamaría a Alan para hablar sobre nuestro próximo viaje y David y yo volvimos a casa. Hice el almuerzo y el niño se quedó descansando hasta que llegó Alan y nos sentamos a comer.

Le dijimos lo que hicimos ese día y David se quedó mirando raro, sabiendo que Elliot aún no le había dicho nada a su padre sobre el viaje, o al menos Alan no parecía saber nada. O tal vez no decía nada hasta hablarlo antes con Carina. También podía ser.

Recogimos la cocina y vimos la televisión un rato antes de llevar a David de nuevo al médico y tomarnos un café antes de llegar a casa.

Cuando llegamos ya era la hora de cenar y Carina estaba en casa.

— Hasta que aparecéis —dijo de mal humor y besó a David.

— Estamos bien, gracias —dijo Alan de mal humor también.

— ¿Hambriento? —le preguntó a David, ignorando a Alan.

El niño dijo que sí y ella se lavó las manos y comenzó a poner la mesa y yo no sabía si debía ayudarla o irme de ahí o qué hacer. El móvil de Alan sonó y salió de allí para hablar, dejándome con ella.

Me dio la cesta con el pan y me dijo de muy malas maneras que la pusiera en la mesa. Lo hice y la ayudé. David llegó y hablé con él hasta que Alan vino y nos sentamos a comer.

— ¿Qué planes tienes para este fin de semana, Carina? —le preguntó Alan, estaba sirviendo agua en los vasos.

— Tengo que viajar por trabajo —respondió y no lo miró.

— Vale, entonces no creo que te importe si nos vamos de viaje, ¿no?

David abrió la boca, alucinando. Y contento porque entonces su padre ya había hablado sobre la excursión con Elliot. Le guiñé un ojo al niño, eso es que la llamada de antes era de Elliot.

— ¿De viaje? ¿Otra vez? —lo miró mal.

— Elliot me dijo de pasar el fin de semana con él y tú no vas a estar, así que...

— Elliot, tú y David, los tres — ella me miró— Y... esta, supongo —no le contesté, pero con el desprecio que lo dijo no me faltaron las ganas.

— David, ¿terminaste ya? —el niño dijo que sí un momento después— ¿Te importaría dejarnos solos, por favor?

David era inteligente y le hizo caso a su padre, nos dejó solos y yo no sabía si irme o no, lo intenté, pero Alan me dijo con la cabeza que no, así que me quedé allí, callada.

— Esta se llama Elena y la respetas y la llamas por su nombre. Y claro que vendrá, cuida de tu hija, ¿no recuerdas eso? ¿O tienes algún problema, Carina?

— ¿Cuida del niño y de ti también?

Ahí estuve a punto de explotar, esa mujer era una víbora, tenía maldad. Insinuaba que su marido y yo teníamos algo más.

— Yo nunca te he preguntado qué haces con tu vida, con quién pasas el tiempo, ¿me lo vas a preguntar tú a mí a estas alturas?

Alucinaba. Pero me entraron unas ganas tremendas de reírme a carcajadas por lo que le había dicho. Ella parecía querer explotar, se levantó de mala manera y se fue de allí.

Alan suspiró cuando se marchó.

— Perdona... Lo siento, Elena, yo...

No, no tienes que hacerlo —me levanté sonriéndole—. Que descanses, Alan. Me despedí también de David y me fui a mi habitación. Aún estaba por reírme por la respuesta de Alan a su mujer. Pero la verdad era que tenía que haber negado que hubiera nada entre él y yo. Y mi cabeza empezó con sus historias de nuevo, con esas fantasías por las que tuve que volver a recriminarme.

Los días que siguieron fueron de la misma manera. Tomaba algo con Elliot por las mañanas al encontrarme con él y nos acompañaba al niño y a mí a pasear. Sentía que podía confiar en él y era muy cariñoso con David y conmigo, me sentía a gusto. Pero también me ponía nerviosa al verlo mirarme a veces o al notar algún roce ocasional entre nosotros. Y lo peor es que ese hombre era atractivo.

Cenábamos solos, sin Carina en casa, ella llegaba cuando ya todos estábamos en nuestras habitaciones. Mejor, porque era insoportable.

Era miércoles, de noche y yo estaba en el sofá. Alan entró en el salón, acababa de acostar a David.

— Gracias por ser como eres con él, está feliz.

— No me agradezcas eso.

— Está nervioso por el viaje, mucho. Hable con Elliot...

No dijo nada más. Cuando lo nombró, me puse roja y él lo notó y se calló. Intenté mirar de nuevo a la televisión, por dios, que no se hubiera dado cuenta, que fuera solo una percepción mía. Vino hacia mí y se sentó a mi lado.

— ¿Qué ocurre con Elliot? —estaba enfadado de repente y me sorprendí.

— Nada —no iba a contarle lo que pasaba a él.

— Elena, sabes que puedes confiar en mí. Cuéntame...

— No pasa nada, Alan. A veces me hace ponerme nerviosa, pero ya está -le dije.

— ¿Ha pasado algo entre vosotros?

— Pues no, por dios. Pero a veces creo que... —cállate, pensé, no digas más.

— Crees que le gustas —afirmó él.

Me quedé sorprendida ante eso. No quería hablar de esas cosas y menos aún con él.

Se calló y miró la televisión un rato. No sé, pero parecía que el ambiente estaba teso y eso me ponía más nerviosa aún.

— ¿Quieres ir al viaje? —preguntó.

— Claro, claro que quiero ir —no entendía por qué preguntaba eso.

— ¿Seguro? Porque Elliot no viene, tiene que trabajar. Todo está preparado, pero no sé si querrás venir...—carraspeó.

— Yo no tengo ningún problema en que vayamos los tres, Alan.

— Me alegra oír eso —entonces me miró y me sonrió, casi me enamoro.

— ¿Y a dónde vamos a ir? —pregunté intrigada.

— Eso es una sorpresa. Mejor nos acostamos que el finde merecerá la pena, ya lo verás —me guiñó el ojo y se fue.

Resoplé y fui a acostarme. No sabía por qué estaba tan contenta por pasar el fin de semana sola con ellos. Y la actitud de Alan me había llamado la atención porque tampoco la entendía bien. Intenté entenderlo, pero nada. y ya mi mente se iba por otros derroteros, como siempre. Resoplé de nuevo, si es que no tenía remedio.

Elliot se disculpó con el niño cuando nos lo encontramos el jueves. También lo hizo conmigo, pero el trabajo es trabajo. Le dije que no se preocupara, lo entendía. David estuvo unos segundos tristes hasta que le dije que iríamos de todas formas y ya se animó. Volvimos a casa y estuvimos todo el camino hablando sobre lo que haríamos en el viaje y las ganas que teníamos de irnos ya de excursión.

Yo también tenía muchas ganas de pasar esos días con ellos. Se me iba a pasar el tiempo que quedaba muy lentamente.

Capítulo 7

Ese día nos levantamos David y yo nerviosos, nos pusimos a desayunar, no sabíamos lo que nos tenía preparado Alan, pero nos hacía mucha ilusión irnos donde fuera.

David estaba de los nervios, pero hasta que no llegara su padre al medio día del trabajo, no nos podíamos ir.

Preparamos su equipaje y el mío, pero no había forma de relajar al pequeño.

La mañana pasó lenta por las ganas que teníamos de que llegara Alan, que ya quedaba poco y yo tenía la comida preparada para los tres, cosa que tal como llegó se sentó feliz con nosotros y bromeando sobre la sorpresa que nos esperaba.

Antes de comenzar paramos en el medico para la visita que le correspondía ese día al peque.

En menos de una hora estábamos en Bray, una ciudad preciosa en la costa al sur de Dublín.

Sorprendida viendo esa playa kilométrica y todo aquel lugar, rezando además para que ese fin de semana no lloviera.

Llegamos al hotel situado en el centro de la ciudad, buenas vistas y una cama de matrimonio y otra individual, así que dejamos las cosas y bajamos, era tarde noche y Alan quería ir a tomar cervezas, David dijo que con la condición de que le dejase el móvil, por supuesto su padre no dudo en dárselo.

El lugar tenía olor a mar, era una pasada respirarlo.

Entramos a una librería y vi un cuento muy llamativo para el peque.

— ¿Lo quieres? —pregunté con intención de regalárselo.

— ¡Sí! —exclamó contento.

— Yo pago – dijo Alan.

— No, es mi regalo y yo lo decidí.

Alan sonrió y levantó las manos, dispuesto a no protestar con la mirada que yo le había lanzado.

Nos fuimos a cenar a un sitio precioso, David estaba leyendo el cuento

ilusionado y metido en el papel, a mí me vino la escena de Alan discutiendo con su mujer y defendiéndome, no quería hacerme ilusiones falsas y fantasiosas, pero me pareció algo increíble por su parte.

Volvimos al hotel, acosté a David leyéndole el cuento y cuando se quedó dormido volví al salón, allí estaba Alan descorchando una de las botellas de vino que le habían regalado de España unos amigos.

Las vistas eran alucinantes y la cristalera gigante hacía que pudiéramos disfrutar de ellas.

Abrí un trozo de cristalera y noté el aire en mi cara, di un sorbo a la copa de vino que tenía en mis manos y noté como Alan se acercaba a mí.

— ¿Notas algo extraño en ti?

— ¿A que te refieres? – no estaba segura si me estaba preguntando lo que estaba imaginando, o no lo quería creer...

— No evites la pregunta.

— No la entiendo, de verdad.

— Me obligas a preguntártelo más directamente...

— Dale – dije sonriendo.

— Siento algo fuerte por ti, cada día va en aumento, pienso que a ti también te está pasando lo mismo – dijo para mi asombro a pocos centímetros de mi cara.

Me entró un gran cosquilleo por el estómago.

— Te tengo cariño – dije avergonzada.

— No te la acepto como respuesta – me miraba fijamente.

— Alan yo...

— ¿Es vergüenza o que no te pasa lo mismo?

— No estoy acostumbrada a esto y jamás sentí por nadie las emociones que has despertado en mí.

— ¿Y eso es bueno? – se acercó más.

— Es... - me calló un beso corto y tierno en los labios.

— ¿Te molesto? – preguntó sonriendo

— Me encantó...

Volvió a hacerlo, más largo, con mayor intensidad, pero delicadamente.

— Eres la frescura que necesitaba en mi vida y que no esperaba...

— Alan, me siento mal, tienes una familia...

— No lo nombres, tú sabes que esto es la espera a un divorcio anunciado, que no hay nada, todo es por el- dijo señalando al dormitorio – pero desde que llegaste tú, todo en mi cambió, comencé a ser más feliz dentro de la gran tristeza y hoy sé que te amo, que eres mi mayor alegría dentro de esta pena que tengo por el niño y por la situación que se envolvió mi matrimonio , jamás presté atención a nadie, era lo último que se me ocurría, ni ganas tenía, pero tú me has devuelto la vida, esa que estaba enterrada.

Ni me atreví a contestarle, me tenía rodeado con sus manos, por la espalda, lo podía oír respirar en mi oído.

Salimos a la terraza, apoyándonos en el barandal, el frío chocaba en nuestra piel, pero entre el vino y sus abrazos, era fascinante la sensación de mezclas que se producían.

— ¿Crees que estamos en el momento adecuado para que me hagas estas cosas? —pregunté casi sin respiración, me tenía a mil.

— No puede estar mal algo que se desea tanto.

— Me fio de ti...

— Nunca dejes de seguir a tu corazón...

— De lo contrario no estaría aquí – contesté sin dudar.

Me giró y abrazó, besándome con pasión, efusivamente, erizando cada palmo de mi piel.

Se fue tras el beso a llenar las dos copas y volvió con ellas en la mano y una sonrisa que hacía que sus ojos brillaran más que nunca.

— Voy a luchar por ti, para no tenernos que esconder del mundo, quiero estar contigo y cuidarte para siempre.

— ¿De verdad? – pregunté emocionada.

— Tan de verdad como que tu y yo estamos ahora aquí. Espera un momento voy a por una cosa.

Me quedé mirando al firmamento pensando en lo bonito que había sonado lo de luchar por mí, nadie antes lo había hecho.

Escuché sus pasos y me giré, en esos momentos me puso algo en las manos.

— Lo compré esta mañana a la hora de descanso de mi trabajo.

Lo abrí con una emoción increíble, era una cadena de plata con un pequeño reloj de bolsillo grabado con unos dibujos de margaritas con sus colores, pero lo puse sin dudarlo, me encantaba aquel detalle.

— Gracias, me encantó, es una preciosidad.

— Lo vi al pasar varias veces, me gustó y pensé que debería de ser para ti.

Era así, todo un señor, una gran persona, atento y un bombón de hombre.

Nos acostamos juntos abrazados, en esos momentos comprendí que habíamos estado predestinados para encontrarnos.

Capítulo 8

Cuando abrí los ojos, me encontré con David a un lado, abrazándome, Alan al otro, haciendo lo mismo. Les sonreí porque estaban también despiertos y nos levantamos a desayunar, estaba muerta de hambre. Como David, siempre tenía hambre.

Con Alan me sentía nerviosa y me pasaba el tiempo roja como la grana. No me

ponía las cosas fáciles, aunque él lo intentaba. Pero yo no podía controlar lo que me hacía sentir y esa inseguridad que nacía cuando estaba con él, pero cuando me miraba con cariño, volvía de nuevo a sentirme segura.

Mientras ellos se duchaban, preparé mi ropa y después me duché yo. El día estaba perfecto, increíble pero cierto, así que salimos a desayunar a un lugar cercano y nos pedimos de todo, había hambre.

Alan me miraba sensualmente y su hijo se dio cuenta y me puse roja, pero el niño sonrió, le advertí a Alan con la mirada, pero le importaba poco, él seguía con lo suyo, ignorando si su hijo se daba cuenta o no.

Y por eso yo estaba hecha un flan. Nerviosa y no daba pie con bolo.

No podía ni hablar porque ni sabía lo que tenía que decir, no podía pensar, ni quería meter la pata. Así que los dejé a los dos riendo y yo me quedé en silencio antes de soltar una de las mías y liarla.

Y mi corazón iba a mil por hora. No podía controlar los nervios.

Estaba por no controlar también mi hormonas, él me provocaba y yo no podía no desearlo. Lo estaba pasando mal por su culpa, pero él seguía y seguía.

David se abrazó a mí, me dio un beso y yo hice lo mismo. Lo quería mucho, ese niño era un alma noble, pura dulzura. Sentía algo muy fuerte con él. Muy intenso. Una conexión especial.

En momentos así, su padre sonreía al vernos, yo sabía que vernos así lo hacía feliz y parecíamos una familia.

Después del desayuno nos fuimos a la ciudad y estuvimos de compras. Le habíamos prometido a David comer hamburguesas y él ya con eso estaba feliz mientras nosotros nos entreteníamos mirando tiendas. Me probé ropa, zapatos y Alan en todo momento esperando fuera del probador para dar el visto bueno o no, hasta David lo hacía. Y yo me sentía feliz con eso.

— Eso lo pago yo —dijo Alan tras mirarme con un vestido que me probé.

— No, esto es mío y lo pago yo —corrí a la caja para pagarlo.

Él llegó antes que yo y le dio su tarjeta a la cajera. Y tuve que callarme para no liársela allí mismo.

Iba por la calle feliz de la vida con mi regalo, había sido un bonito detalle por su parte, aunque me daba vergüenza. Lo usaría esa noche para la cena. Y el colgante que me había regalado también. Y con las botas altas nuevas que llevaba, me sentiría pletórica.

Después de almorzar, nos fuimos al hotel porque necesitábamos descansar un poco antes de volver a pasear y a cenar fuera. Nos levantamos de la siesta y nos arreglamos para irnos por ahí.

David se notaba feliz, cada vez más, con mejor cara y sabía que yo tenía mucho que ver en esa mejoría. Lo quería mucho, esa es la verdad. Y a Alan también, le tenía cariño y me reía mucho con él.

Cenamos en un restaurante hermoso al que nos llevó Alan, pidió la cena y David y yo alucinamos cuando nos trajeron esa mariscada.

— Esto tiene que estar para morirse —dijo David.

— Y tanto que sí —cogí algunas gambas para pelarlas y que David se las comiera.

— Pues para vosotros es —dijo Alan.

Bebimos vino, Alan y yo no dejábamos de sonreír. Cenamos con risas y nos dimos un paseo por la ciudad. Alan Y David iban de la mano y con la otra me agarraba a mí...

Me dijo que cuando llegáramos al hotel, nos tomaríamos otra botella de vino que teníamos allí. Que quería estar a solas conmigo, eso se notaba. Y yo tenía

las mismas ganas que él de estar juntos.

Llegamos al hotel y acostamos a David cuando se puso el pijama, le dimos un beso y lo abrazamos y nos dijo que estaba feliz por el día que había vivido y eso nos emocionó.

Alan me dijo que me fuera a la terraza, iba a ir a por el vino y quería que lo esperara allí, y lo hice. Llegó poco después con las copas de vino y de la forma en que me miró me puso nerviosísima.

Me dio una copa, la cogí y bebí un poco. Me puse a mirar a la noche y a disfrutar del silencio, dándole la espalda.

Él, sin decirme nada, se puso como había hecho la otra noche. Detrás de mí y con su cabeza apoyada en mi hombro. Me besó el cuello, suavemente y me entró un escalofrío por el cuerpo.

— ¿Te entró frío? —se rio.

— Alan..., yo...

— No, no digas nada —me interrumpió—. Confía en mí, Elena, solo te pido eso. Conseguiré que estemos juntos y no se te ocurra pedirme que me corte delante de nadie y no demuestre lo que siento por ti.

— No es por la gente, es por David.

— David te adora, tonto no es. Él sabe más de lo que imaginas.

Me callé. Porque no podía decirle... No sabía si él estaba enterado de que su mujer tenía a otro hombre. Me quedé pensando y volví a revivir cuando me dio a entender que quizás él sabía más de lo que decía. Pero no quería hablar de eso en ese momento. No quería nombrar a Carina.

— No quiero que David sufra si lo nuestro... —no pude terminar por la tristeza de pensarlo—. Es mejor mantenerlo en secreto.

— Lo nuestro no se va a terminar, si te refieres a eso, porque no dejaré que eso ocurra. Acaba de comenzar -me quitó el vino, lo dejó en el suelo y me dio la vuelta para abrazarme y pegarme a él-. Elena, mírame -y yo lo hice-. Tienes que confiar en mí, me has dado las ganas de vivir. De vivir y de amar. Y tú no puedes ni imaginar que yo no vaya a luchar por lo nuestro. Es lo que me hace sentirme vivo, Elena.

— Ni me conoces...

— Te conozco lo que necesito para entender lo que ocurre entre nosotros. Lo demás el tiempo lo demostrará, ahora solo tenemos que disfrutarlo.

Entendía lo que decía y era así. Me besó y yo le devolví el beso. Comenzó dulce y se hizo más intenso al momento. Estábamos pegados el uno al otro, lo agarré por los hombros para pegarme más a él. Jugamos con nuestras lenguas, me temblaba todo el cuerpo, ese hombre me ponía cardíaca y me iba a derretir allí mismo. Yo no quería que lo que había entre nosotros se terminara, yo también sentía lo mismo por él y lo quería cerca de mí.

— Hoy vas a dormir conmigo también, aunque la verdad es que no deberíamos — dijo cuando me besó y tras pensar unos segundos.

— Es mejor que no, Alan —dije con timidez.

— No quiero estar un segundo separado de ti y ya lo tendré que hacer desde mañana que volvamos a casa, al menos al principio no podre ni tocarte. Se me hará difícil.

— Como a mí —reconocí, no quería que dejara de tocarme nunca.

— Y lo peor va a ser el no besarte —me besó de nuevo.

— Sí...

— Va a ser horrible, una mierda, una tortura, un castigo, un... —resopló.

Tuve que reírme y lo besé al final, porque yo tampoco quería dejar de hacer eso.

—Ven conmigo —salimos de la terraza y me tumbé en la cama con él—. Hoy quiero estar pegado a ti —me besó e intentamos no hacer ruido para no despertar al niño.

El beso dejó de ser dulce. Me estaba acariciando la espalda con su mano y con la otra me acariciaba la mejilla. Separamos nuestras bocas para respirar un poco, unió su frente a la mía y suspiró. No dijo nada, puso mi cabeza en su pecho y me besó en la coronilla tras darme las buenas noches.

Nos dormimos en esa postura, con la misma ropa que teníamos puesta, pero no queríamos movernos. Me quedé dormida cerrando los ojos con la felicidad que estaba sintiendo en ese momento junto a él.

Estaba enamorada de Alan.

Al día siguiente fui a despertar a David, pero tanto él como su padre ya estaban hasta duchados. Así que me duché yo. Nos arreglamos y preparamos

las maletas para volver. Después de comer nos iríamos de allí, antes pararíamos en la ciudad.

Desayunamos donde lo hicimos el día anterior. Paseamos por la ciudad, por el centro, compramos algunas cosas e hicimos cientos de fotos. Almorzamos en un precioso restaurante que habíamos encontrado, nos tomamos un café y ya fuimos a recoger las maletas al hotel para volver a la casa.

El camino se hizo muy corto, creo que ninguno tenía ganas de acabar con aquello y volver a la realidad. Ya en casa, cada uno deshizo su equipaje, Alan también el de su hijo.

Me dijo que me estuviera quieta, pero yo estaba muy nerviosa como para hacerle caso, así que después de lo mío me puse a preparar la cena. Porque Carina no estaba allí.

La cena fue hablando sobre el viaje que habíamos hecho y cómo de bien lo habíamos pasado. Alan acostó a su hijo y Carina seguía sin llegar. Nos sentamos en el sofá. Alan cogió mi mano y la besó suavemente.

— Ha sido el mejor fin de semana de mi vida, lo recordaré siempre— me besó al acercarse a mí.

Yo me puse roja, no podía hacer eso, estaba en su casa y podían vernos. Su mujer podía llegar y vernos. O su hijo. Se puso triste al reñirle y me besó otra vez.

— Alan, por favor —volví a reñirle.

— No voy a poder estar sin besarte.

— Y yo no podré seguir de esta manera... —le dije.

— Lo harás, claro que lo harás. Verás cómo podemos.

Quiso darme otro beso pero no lo dejé. Escuchamos cómo se abría la puerta de la cabaña y Carina entraba en ella.

Nos miró a los dos, levantando sus cejas. Se sentó frente a nosotros y nos miró.

— ¿Y mi hijo? —preguntó malamente.

— Está durmiendo, mira la hora que es —respondió Alan.

— Me podía haber esperado.

— No sabía cuándo llegarías, no es adivino. Ni yo tampoco.

Me fui a levantar del sofá en ese momento, no iba a escuchar cómo los dos discutían. Ni lo hice antes ni iba a hacerlo en ese momento que entre Alan y yo...

Pero Alan me paró poniendo su mano en mi rodilla, me quedé sentada. ¿Pero estaba perdiendo la cabeza? Su mujer iba a notar que pasaba algo entre él y yo.

— Vaya... El fin de semana fue muy bien por lo que veo... —dijo ella, yo creía que iba a pegarme por la cara que puso.

— David ha sido feliz, no dejaba de reír, lo ha disfrutado.

— Y vosotros también, por lo que veo.

— Déjalo ya, Carina —le advirtió su marido.

— Sí, porque ni eso me apetece. Estoy muy cansada, mejor me voy a la cama...

Se fue al dormitorio y cerró de un portazo. Nos dejó solos y los dos estábamos en silencio.

Le fui a reñir por lo que había hecho, pero él me besó rápidamente. Un beso corto.

— Quiero dormir contigo, pero mejor me quedo aquí, dormiré en el sofá —me guiñó un ojo y me besó de nuevo.

— Alan, por dios...

— Vale, vale —dejó de besarme y se alejó—. Vete a dormir, estarás exhausta.

— Sí... Buenas noches —le dije y me levanté.

Me fui a la cama y me acosté. No sabía qué íbamos a hacer Alan y yo, pero con Carina... Nada era fácil, la cosa estaba bastante complicada entre nosotros.

Capítulo 9

Me desperté pidiendo a gritos en mi interior un café bien cargado, lo necesitaba.

No dejaba de fantasear con lo hablado el fin de semana de conseguir ser una pareja libre, sin escondernos, eso me hacía muy feliz.

Vi una nota en mi almohada.

Me voy recordando los besos y palabras que nos hemos regalado.

Alan.

Lloré de emoción mientras la apretaba en mi corazón, escuché a David levantarse y fui corriendo a preparar su desayuno.

— Buenos días, mi amor – lo abracé.

— Buenos días, me desperté hace rato, pero estaba genial en la cama.

— Pues la próxima vez me llamas y te llevo el desayuno allí, mi vida.

— No, me gusta más hacerlo contigo.

— Pero allí también podemos, me dejas un ladito y me siento junto a ti.

— Vale, mañana te espero allí acurrucado.

— Perfecto, lo veo una idea increíblemente genial, es todo un perfecto plan.

El día era frío, encendí la chimenea y nos quedamos allí toda la mañana.

Alan llegó al medio día y nos fundimos en un abrazo, luego nos fuimos para comer a la cocina, regalándonos mil preciosas miradas.

David tenía sueño y tras comer se fue a la habitación a dormir un rato.

Alan y yo nos sentamos en el sofá un rato.

— Esto también lo compré para ti...

— No Alan, no quiero que gastes nada en mí, ya soy feliz sin necesidad de nada material.

— Elena, los pequeños detalles a mí me hacen sentir bien.

Sonreí al ver que era unas perlas con el enganche de oro.

— Son como las que perdí y me encantaban. Gracias – dije besándolo.

Me quitó los que llevaba y me puso estos.

— Guapísima – dijo al verlos puesto.

— Muchas gracias, Alan – dije sonrojada.

— Te amo.

— Yo también – dije abrazándolo.

— Lo sé, tengo en mi cabeza mil planes para mi vida junto a ti.

— Lo sé.

Por la cristalera vimos a Elliot aparecer.

Salió sonriendo, aunque yo sabía que estaba celoso.

Lo invito a entrar y preparamos un té.

— Bonitos pendientes. —dijo Elliot.

Alan se anticipó a contestar.

— Se los di de sorpresa.

— Excelente acierto.

Sentí como se tiraban puñales.

— Me preguntaba si os apetecía preparar algo el fin de semana.

— Antes hablábamos de ello Helena y yo – dijo mirándome, mintiendo – el fin de semana vienen a arreglar la poza, Carina no estará se va el fin de semana a Dublín y ya decidimos quedarnos aquí tranquilos – dijo descaradamente quitándose de en medio.

— Otro fin de semana será – dijo Elliot.

— Claro, por supuesto.

Un rato después se fue y me reí con su ocurrencia, poco después llegó Carina y nos sentamos todos a cenar, ella solo hablaba conmigo y con el pequeño, a Alan lo ignoraba, así que cuando recogí la mesa me retiré a descansar.

Capítulo 10

David ya estaba al día siguiente en la cocina con su desayuno preparado, se lo había hecho solo. Sonrió al verme y se acercó a mí para darme un abrazo.

Desayunamos y fuimos a dar un paseo por el pueblo. Tomamos algo de beber en una taberna que a él le gustaba mucho y nos encontramos a Elliot llegando a

aquel lugar. Lo miré con sorpresa en mi cara, cualquiera diría que nos había seguido...

— Buenos días, pillines, ¿cómo estáis? —besó al niño y me saludó a mí también.

— Hola —le sonreí mientras se sentaba con nosotros.

— Fui a comprar el periódico y vi cómo entrabais, así que entré detrás, el destino nos puso en el camino.

— Pues eso parece, sí —vamos, eso no se lo creía nadie.

— Alan me ha dicho que tenía que quedarse por el tema del pozo. No sé si a ti te apetece venir.

— Vale, pero tengo cosas pendientes e iba a quedarme para aprovechar y arreglarlas ya — dijo improvisando.

— Claro... —dijo sin creérselo mucho.

— Y tiene que cuidarme a mí o la echaré mucho de menos y me pondré triste— David me ayudó y le sonreí.

— Si es por eso, sí —quiso quedar bien Elliot con esa frase.

David insistía en que quería irse a casa, me parecía que no tenía ganas de estar con Elliot. Salimos de la taberna y él también lo hizo. Nos siguió a comprar el pan y a la casa, aunque yo no quise, pero insistió. Y nos dijo que pronto

coincidiríamos de nuevo...

La semana pasó rápido, la rutina seguía. Comíamos con Alan todos los días y en la cena estaba Carina.

Se despidió de su hijo el viernes por la mañana y le dijo que volvería el domingo por la noche.

Estuvimos esa mañana de compras por el pueblo, carne, pan y lo que se necesitaba para pasar el fin de semana sin que faltara nada.

Alan llegó contento a almorzar porque iba a pasar el fin de semana con nosotros y Carina tampoco iba a estar. Comimos comida grasienta, que es lo que David quiso, descansamos antes de ir a la consulta y después de ver al doctor, nos paramos a comprar algún vino para el fin de semana.

Llegamos, ordené las cosas y me duché. Me puse el pijama que me compré el fin de semana y cuando llegué a la cocina, ya Alan estaba cocinando. Y olía deliciosamente.

— Con ese pijama estás... Te sienta muy bien — terminó diciendo al fina, me agarró por la cintura, me acercó a él y me besó. Menos mal que David no estaba.

Abrió una botella de vino y la sirvió en las copas. David llegó pidiendo un sándwich y que quería dormirse. Así que se lo preparé rápidamente, se lo comió y se fue a la cama. Le empecé a contar un cuento y se durmió en cuestión de pocos minutos. Estaba agotado.

Cuando volví a la cocina ya estaba la cena servida, se me hacía la boca agua. Alan no dejaba de coquetear conmigo, me tenía más que nerviosa mientras me miraba de esa forma, para hacer que me derritiera.

Cuando cenamos, nos fuimos al salón y con la chimenea encendida, nos tomamos el vino. Él no dejada de acariciarme, muy cariñoso conmigo.

Y eso me encantaba de él.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá, él se inclinó y me besó suavemente. Dejando, al terminar, su frente unida a la mía.

Nos miramos en esa postura unos segundos, sin apartar la vista el uno del otro,

sonriendo. David podía despertarse, levantarse y vernos, pero ni eso me hizo moverme y romper la magia de ese momento. Pero a mí iba a darme algo.

— ¿Cómo te sientes? —me preguntó de repente, mirando mi cara con atención.

— Estoy bien, es solo que...

— ¿Qué pasa? —me puse roja y evité su mirada, pero cogió mi cara con sus manos— Elena, no, mírame. ¿Qué pasa?

— Nada... Solo que... Yo nunca—no sabía cómo iba a decírselo.

— ¿Nunca has tenido relaciones con un hombre? —preguntó sin poder creérselo.

— No —esa era la verdad. Me daba vergüenza, pero no podía mentirle. Para mí eso era algo importante, no tenía que avergonzarme, pero lo hacía. Fue mi elección, entregarme al hombre que amara, aunque la sociedad no entendiera eso. Era como yo lo sentía.

— No sabes lo feliz que me hiciste con eso —sonrió dulcemente y me dio un dulce beso.

Fue el beso más dulce que nunca me dio. Creo que quiso transmitirme seguridad y lo estaba logrando. Con él no temía y la seguridad en esos momentos era importante.

me tumbó en el sofá y puso su cuerpo sobre mi cuerpo, en todo momento besándome. Una de sus manos acariciaba mi cadera y la otra me tocó por debajo del pijama. Su mano en mi piel me hizo sentir escalofríos por el

cuerpo.

Poco después, me quitó la blusa y me quedé con el sujetador. Miró mis pechos y después a mi cara. Me besó de nuevo, con más dulzura aún, pero de una manera diferente también.

Yo no sabía, pero inspiré y empecé a quitarle su camisa, al final él terminó ayudándome. Estábamos los dos piel con piel, la sensación era indescriptible.

— Si supieras cuánto te deseo —dijo con voz tomada por el deseo.

No, no podía saberlo, pero sabía cómo lo deseaba yo y podía hacerme una idea. Me besó el cuello, me besó la garganta y gemí un poco. Siguió besándome, hasta llegar a mis pechos. Sin liberarlos del sujetador, los lamió un poco.

Me miró, por si podía seguir y yo le dije que sí. Me quitó el sujetador y yo creía que iba a morirme de la vergüenza, pero él lo hizo y no se entretuvo en mirarlos, sino que terminó de desnudarme, dejándome solo con mis bragas. En ese momento me quise tapar, agobiada, pero no me dejó hacerlo.

— Conmigo no te avergüences, amor. No conmigo. No me interesa tu cuerpo, me interesa lo que me haces sentir tú.

Mis ojos se llenaron de lágrimas que intenté retener.

— ¿Me crees? Porque es así —preguntó preocupado.

— Sí, te creo —afirmé—. Pero es que...

No me dejó decir nada, me besó para quitarme todas esas inseguridades que adivinaría que tenía en ese momento, seguramente las conocía mejor que yo.

Los besos se nos fueron de las manos, cada vez más profundos y nos costaba respirar cada vez más.

Un poco después se levantó para quitarse su ropa, no pude mirarlo mucho porque ya desnudo, se tumbó encima de mí de nuevo.

Yo abrí un poco las piernas y lo besé, no quería dejar de hacerlo. Él no dejaba de besar todo mi cuerpo. Besó y lamió mis pezones y gemí mientras mi cuerpo se arqueaba pidiendo más de eso, de esa sensación.

— Alan... Alan, por favor... —no sabía mucho de eso, pero tampoco era tonta, sabía bien lo que mi cuerpo quería y lo necesitaba a él dentro de mi cuerpo.

— Yo tampoco voy a poder esperar demasiado.

Su erección rozaba mi vagina y empezó a presionar, entrando un poco, un poco más... Noté cómo llegaba a la barrera que se lo impedía, entonces cogió aire y entró en mí de un movimiento para quedarse completamente quieto, casi sin respirar.

Me había imaginado que dolería más, pero no era para tanto, un simple pinchazo. Le hice saber que estaba bien y entonces salió de mí, entrando y saliendo lentamente. Mi cuerpo estaba ardiendo, un calor me abrasaba, sabía que iba a llegar al orgasmo pronto.

Las piernas me temblaban, y gemí cuando el orgasmo se hizo cargo de mi cuerpo. No podía chillar, así que me mordí el labio.

Él siguió un poco más hasta que se derramó dentro de mi cuerpo. Tumbado aún encima de mí, lo acaricié. Cuando se quitó, se tumbó a mi lado, a mi espalda. Cogió una manta que tenía cerca y nos tapó con ella. Me abrazó por debajo de la manta, besó mi cuello varias veces y suspiró.

— ¿Cómo te sientes? —preguntó de nuevo.

— Bien —suspiré—. Ha sido... Ha sido más que perfecto.

— Sí, mucho más. Gracias.

— ¿Gracias por qué? —pregunté extrañada, sin entenderlo.

— Es el regalo más bonito que me han hecho en la vida. Y me lo has hecho tú, sabes lo que siento por ti. Me acabas de hacer el hombre más feliz de este mundo -estaba emocionado-. Nunca dudes de mí, cariño. Haré lo que sea necesario para no perderte, porque no dejaré que te vayas, tu vida es conmigo.

— Confío en ti, Alan —esa era la única verdad.

— Descansa, cariño —me besó de nuevo en el cuello.

Cerré los ojos, dispuesta a descansar. Un poco más tarde, Alan me despertó para llevarme a mi cama, David podía vernos allí. Me acosté, me besó y se fue.

Y volví a dormirme, feliz.

Capítulo 11

Al día siguiente nos besamos al encontrarnos en la cocina. No oímos a David aparecer por allí, por poco no nos ve, pero no lo hizo. Si no a ver cómo le explicábamos las cosas.

El pequeño debía de suponer algo, pero no demasiado y era Alan quien tenía que hablar con él.

Ese día paseamos por el parque, siempre iba con David y ese día disfrutamos de eso también con su padre. Nos reímos montándonos en las atracciones. Los dos eran dos niños pequeños, pensé mirándolos.

No pudimos estar solos, pero no dejábamos de mirarnos, de recordar lo que había ocurrido entre nosotros la noche anterior y cómo queríamos volver a repetirlo.

Cenamos y esperamos a que David se acostara. Alan me acompañó a mi dormitorio y me miró. Estábamos de pie delante de mi cama y comenzó a desnudarme. Yo hice lo mismo que él. Eso noche hicimos el amor en mi cama, disfrutándonos más el uno al otro. Amándonos sin prisas.

Él estaba acostado boca arriba y yo tenía mi cabeza en su pecho. Estaba acariciando mi espalda y mi cabeza.

— No voy a poder tenerte cerca y no tocarte, amor, no voy a poder soportarlo —lo entendía, pero era lo que tocaba mientras estuviera casado.

— Ahora no hablemos de eso. Tú sabes que confío en ti, Alan, ¿verdad?

Me abrazó con más fuerza cuando me dijo que sí a esa pregunta.

— Nunca sentí algo así por nadie, Elena. Haces a mi hijo un niño feliz, y a mí... El hombre más feliz del mundo. Por ti es por lo que quiero seguir adelante. Eres tú quien me devolvió las ganas de vivir. De luchar. Pero, sobre todo de amar.

— Lo que yo siento por ti también es muy fuerte —lo besé en el pecho.

— Lo arreglaré. Confía en mí, lo haré, Elena. Y no será en mucho tiempo. Porque el perderte no es una opción.

Nos abrazamos con más fuerza y sonreí. Yo lo amaba como a nadie y no podía pensar tampoco en perder lo que sentíamos el uno por el otro.

El domingo me desperté y él ya no estaba en la cama. Se habría ido y era normal. Me vestí y salí a verlos.

Estaba deseando de ver a Alan.

Olía a café recién hecho. Cuando lo vi, me acerqué a él y lo abracé por detrás.

— Buenos días —le dije, suspirando.

— Buenos días, mi amor —se giró y me besó—. Cada día que me queda de vida quiero que me des los buenos días así.

Me separé de él al escuchar a David acercarse. Nos vio en la cocina y nos miró a los dos. Después se acercó a nosotros y nos dio un abrazo a cada uno y

los buenos días.

Mientras desayunamos, dijimos que pasaríamos el día en la casa. Ya haríamos algunas actividades con David, haríamos el día divertido. Y así fue.

Carina estaba en la casa para cenar y entonces todo cambió. No pude despedirme de Alan con un beso antes de irme a dormir y eso no me gustó nada. Me dejó triste.

Pensé, mientras estaba tumbada en la cama, en él. No sabía qué iba a pasar con nosotros y tenía miedo. Confiaba en él, sí, pero no podía dejar de preocuparme, los miedos no me dejaban tranquila.

Pero solo podía esperar y que fuera el tiempo quien decidiera qué sería de nosotros dos.

Capítulo 12

Me fui a desayunar sola, el pequeño seguía durmiendo, pensaba en lo injusta y mala que se comportaba Carina ante Alan. Un rato después fui a ver al pequeño era raro que no espabilase aún, pero al besarlo me di cuenta de que estaba hirviendo, corrí a llamar al doctor y luego a Alan, al que dije que de paso avisara a Carina.

Abrí corriendo, el doctor ya estaba y fue corriendo a verlo, llamó inmediatamente a la ambulancia había que llevarlo al hospital a hacerle pruebas para ver qué pasaba en su organismo, en ese momento aparecía Alan, nos fuimos siguiendo a la ambulancia.

A David se lo llevaron a las pruebas, Alan no paraba de llorar, no podía evitarlo, no hablaba, estaba blanco y temeroso, el doctor salió para decir que le habían puesto un tratamiento para bajar la fiebre lo antes posible.

Entramos a la habitación, al momento entró Carina sin decir nada, con su cara de mala hostia, ni en ese momento transmitía paz ni empatía.

Se fue hacia el pequeño para hacer su teatro, ese que me di cuenta de que hacía tan bien.

Sali a tomar un café, no aguantaba ese mal rollo, cada vez me pesaba más aguantar aquello, un rato después apareció llorando Alan, pero con una sonrisa de oreja a oreja, no entendía nada.

- Esa fiebre terminó de sacar la enfermedad de Alan, el tratamiento que le pusieron hace unos meses hizo desaparecer todo, mi hijo ya puede tener una vida normal e incorporarse al colegio – dijo llorando, abrazándome.

Eran los momentos más indescriptibles que podría expresar.

— Carina se va en breve y yo me quedaré con David hasta mañana.

— Yo también...

— Tranquila, puedes quedarte.

— Gracias, soy la mujer más feliz del mundo con lo bueno que ahora le queda por vivir a mi niño David - dije llorando, no era mi hijo, pero mi niño sí que lo era.

— Mañana le voy a pedir el divorcio...

Lloré más, eso me había tocado el alma del todo, por fin podría hacer mi vida junto a él.

Volvimos y Carina se levantó para irse, sin hablar, solo le dijo al pequeño que volvería al día siguiente, frialdad en estado puro.

David sonrió mirándome y me dio un abrazo, me pidió que le contara un cuento.

Pasamos toda la tarde feliz y animados los tres, al pequeño volver al cole y a su vida normal, era el mejor regalo que la vida le podía dar.

Por la mañana estaba mucho mejor, aproveché para bajar a por dos cafés y unos dulces, al regresa antes de entrar escuche la discusión desde la puerta que no me atrevía a abrir.

— Es lo que hay, no te estoy preguntando, es lo que hay si quieres bien y si no te jodes también.

— Carina, se te debería de caer la cara de vergüenza, sé que tienes un amante.

— Puedo tener lo que quiera, si nos divorciamos no ves más al peque.

Se calló Alan, me di cuenta de que eso no iba a ser fácil y que Alan, por supuesto y entendiéndolo no iba a renunciar a su hijo.

Me fui sin entrar y volví al pueblo, Alan no dejaba de llamarme pero no podía cogerlo no paraba de llorar.

Preparé las maletas, llorando, pero mi mundo se había caído, había sido muy feliz, pero ahora estaba atada a algo que no se iba a romper y yo no quería ser la otra, ni mucho menos vivir a escondidas.

Me senté y le escribí una carta a Alan.

“Querido Alan;

No es fácil escribir esto, cuanto este lugar y tú me habéis hecho la mujer más feliz del mundo.

Te conocí sufriendo y lleno de dolor, poco a poco vi que tu rostro se iluminaba, la razón era yo.

Sé que hubieras luchado por mí, pero no permitiré que nadie te arrebate de al lado de tu hijo, ese niño al que amo, no permitas que nada ni nadie lo haga.

Os escuché discutir y como ella te amenazaba y te dejaba sin palabras, eso me partió el alma y me voy porque ya no tengo lugar aquí, además el pequeño está sano y ya no hago falta.

Te llevo en mi corazón, eres lo que más he amado y amaré en mi vida, gracias por todo, te querré siempre, no lo dudes.

Dile al pequeño que lo ame y lo querré toda mi vida.

Cuídate. Elena.”

Lo dejé en su cajón de la mesita de noche, esa que abriría al ir a ducharse.

Me fui llorando y directa a una cafetería a tomar un café, aprovechando para buscar un apartamento por allí económico y ya buscar trabajo, había uno a las afueras de Dublín para compartir con una chica, así que preparamos una visita al día siguiente y me fui mientras a alojarme a un hostel económico.

No hacía falta reservar por internet ya que había muchas habitaciones disponibles, me tomé el Café, miré en el móvil y el próximo autobús hacia Dublín salía en una hora así que decidí hacer tiempo en la taberna.

A punto de irme me encontré a Elliot.

— Hola, Elliot —me eché a llorar.

— ¿Qué pasa, porque lloras y dónde vas? ¿Por qué lloras?

— Tengo que coger el bus.

— ¿Pero adónde vas?

— Tengo que irme, Elliot...

Me agarró del brazo.

— Vamos a tomar algo y luego te llevo donde quieras.

— Tengo que cogerlo e ir a Dublín.

— Luego te llevaré, ahora vienes conmigo – dijo cogiendo las maletas.

Fuimos a su coche y nos fuimos a un bar a las afueras, yo lloraba como una magdalena.

Le conté solo lo de dormir en un hostel y que ya iría a buscar algo al día siguiente que tenía visto, me dijo que de eso nada, que iba a su casa y luego buscaría tranquila.

— No puedo aceptarlo.

— No te pedí opinión, vas a venir quieras o no, soy tu amigo.

— No puedo, no quiero ser molestia de nadie.

— No lo eres, no lo digas más.

— Gracias.

Sinceramente noté apoyo y no me sentía tan sola y a la deriva, me tendía una mano y poca vez me pasó en la vida.

Llegamos a su preciosa y acogedora casa, hizo un té.

— ¿Qué ocurrió? —preguntó tras un largo silencio.

— Nada —dije llorando.

— ¿Hizo algo Alan?

— No — me extrañó que dijera eso conociéndolo.

— ¿Entonces?

— Carina y él discutieron.

— Como siempre...

— Por mí...

— ¿Por ti? ¿Es lo que estoy pensando? ¿Ella lo sabe?

— Sí.

— Ya...

— Lo amo, Elliot, pero es un amor imposible.

— Dudo que Alan vaya a quedarse de brazos cruzados.

— Ya lo hizo...

— Maldita zorra, es una cabrona.

— En el fondo sé que Alan tuvo que callarse.

— Escúchame — me dio una mantita — Relájate el fin de semana y ya vamos actuando en frío.

— Lo perdí —lloré desconsolado — Al pequeño también y eso me parte el alma.

Me abrazó consolándome.

El sábado fue un horror, mil preguntas en mi cabeza y un dolor en el pecho que me ahogaba, recordaba todo, lo bueno a su lado y lo malo de la boca de esa zorra.

Capítulo 13

Desperté y me di una ducha, notaba algo raro, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Fui al salón y casi me desmayo, ahí estaba Alan.

La tristeza que vi en su cara hizo que me derrumbara a llorar.

— Cariño... —dijo casi sin poder hablar.

Me jaló hacia él y me abrazo.

— Me he vuelto loco buscándote.

— Alan, ¿Cómo sabes que estoy aquí?

— Shhh... Déjame abrazarte, besarte, calmar el dolor que he pasado sin saber de ti.

— Yo también. ¿Y mi niño?

— Ven —sienta aquí – tu niño está bien, jugando con Elliot...

— Pero...

— ¿Por qué te fuiste? —preguntó en cambio.

— Escuché lo que dijo Carina y...

— Eso lo sé. Pero creo que deberías haber confiado en mí.

— Lo hago, Alan, pero te amenazó con mi niño...

— ¿Y?

— Pero Alan...

— Shhh... No te dejaré alejarte de mí en la vida.

— Pero es tu niño...

— Sí y tú el amor de mi vida.

— Pero te lo quitará.

— No, ya hemos firmado, la custodia es mía, solo hace falta que mi abogado lo legalice en el juzgado, ella solo tendrá visitas, el pequeño eligió eso.

— Pero ¿Cómo lo conseguiste?

— Le enseñé las pruebas que tenía escondidas y que ella no contaba, le dije que o firmaba o la entregaba para que perdiese el trabajo y encima la iba a hundir en los tribunales.

— Entonces...

— Entonces ni tu ni David estaréis nunca fuera de mi vida.

Lloré abrazándolo fuertemente y soltando toda la rabia y tristeza que me inundó esos días.

— No vuelvas a irte – dijo llorando.

— Alan...

— David lo pasó fatal, estaba desesperado sin verte.

Eso me había matado, hice sufrir a mi pequeño.

— Pero sabe que estoy ahora hablando contigo.

— ¿Cómo me encontraste?

— Elliot me informó de todo, en el fondo es un gran amigo.

Nos besamos y terminamos fundidos el uno en el otro, haciendo el amor sin esperar ni un minuto más.

Después de hacer el amor, nos fuimos a la cama y nos acostamos juntos.

— Hoy dormimos aquí solos, mañana vamos a la casa.

— ¿A casa?

— Si a casa, si aceptas ser mi esposa...

— Contigo al fin del mundo.

Epílogo

ALAN

Llevamos un año que estamos los tres juntos y recuerdo el día que Elena llegó a nuestras vidas como si hubiera pasado ayer. Incluso lo que sentí cuando la vi, eso no lo olvidaré jamás.

Lo que no podía saber es lo que nos deparaba el futuro. La felicidad que nos regaló.

Estaba divorciado desde hace dos meses y no hablaba mucho con Corina, solo para algo relacionado con nuestro hijo, pero así no discutíamos.

David era feliz. Más feliz que nunca. Y yo era feliz viéndolo a él así.

Miro a Elena jugando con él y con la pequeña Mirta y sonrío como un bobo.

Mirta es mi hija con Elena. Nuestra hija...

Al poco tiempo de volver a la cabaña supimos que estaba en estado. Saber eso nos llenó de felicidad a los dos. Mirta había llegado al mundo como fruto de nuestro amor y tenía a David enamorado. No la dejaba ni a sol ni a sombra.

Reí viéndolos jugar, era feliz así, disfrutando de ellos, de mi familia.

La vida se trata de tomar decisiones y a veces tomamos las equivocadas. O luchamos por cosas inútiles. Por lo que sí hay que luchar es por el amor, es lo que le da sentido a la vida.

Fui a unirme a ellos, a las risas de esas personas que me hacían el hombre más feliz del mundo. Y haría lo que hiciera falta para que esas risas no se apagasen nunca.

La historia
de
una infidelidad...

Mía Nizar

CAPÍTULO 1

Me llamo Tina, tengo 36 años y soy abogada desde hace seis años, los mismos que llevo casada con Juan, él tiene 38, trabaja en un banco de director de oficina.

Éramos un matrimonio feliz hasta que otro puso patas arriba nuestra relación...

Era temprano, estaba en los tribunales, el día era malo, quería que acabara ya mi jornada laboral, llegar a casa y relajarme.

Me dolía la cabeza, estaba lleva un expediente que me chupaba todas las energías, me daba que a mí cliente no lo iba a liberar ni Dios, quería demostrar su inocencia a pesar de que nada jugaba a nuestro favor.

Los pies me estaban matando esa mañana que las horas se me hacían interminables y todo me molestaba, llegue al departamento penal donde tenían que sellarme un registro de entrada.

— ¡Tina! Es toda una sorpresa que nos encontremos por aquí — dijo el chico de la casa de al lado.

Era la primera vez que me lo encontraba ahí, era poli y venía a traer a alguno de los detenidos al juzgado, pero nunca me lo encontré. Casualmente me lo encontraba en la puerta de casa, encontronazos fortuitos de vecinos, pero jamás habíamos estado en la casa del otro.

— Hola, Sergio, sí que es raro encontrarnos lejos de nuestras casas
—sonreí.

— ¿Qué tal estás, guapa?

— Bien, hoy no traigo detenidos, vengo a por una notificación de mi exmujer, la lucha que tenemos en los tribunales por la custodia de la niña.

Me acordé de su hija, la veía siempre de la mano de él, sin embargo, siempre pensé que su actual pareja no la miraba con buenos ojos, se notaba desprecio hacia ella, desganadas de estar a su lado.

— Cualquier cosa en la que te pueda ayudar...

— Claro, dime tu teléfono.

Continué para hacer lo del registro, nunca me había parado a hablar con él, era guapísimo, me estaba dando cuenta en estos momentos, su cuerpo escultural era toda una provocación.

Al fin acababa mi jornada laboral y llegué a casa, Bruno, ya tenía la comida sobre la mesa y todo recogido, ese día lo tenía libre.

— ¿Sabes? Me encontré en el juzgado al vecino de al lado, iba por algo de un tema con su exmujer, por la niña que tienen en común.

— Sí, la pequeña Sara, recuerdo su nombre por como la llama esta su nueva pareja, además que lo hace con desganadas, no le tiene nada de empatía.

— El sin embargo se ve un gran hombre...

— Pues no entiendo porque aguanta esa actitud.

— Ya, nosotros no tendremos esos problemas, no vamos a tener hijos a este paso – reí.

— Por tu culpa – me sacó la lengua – yo por mí estoy dispuesto a cuando quieras – me guiñó el ojo.

— Mareo y todo me entró al pensar en verme con una barriga – puse los ojos en blanco.

No se me pasaba por la cabeza el ser madre, nunca tuve esa llamada que dicen, vivía bien y era feliz sin necesidad de traer hijos al mundo.

Por fin ya estaba en el sofá, relajada, la mañana había sido una noria de ajetreada, no podía con el dolor de cabeza y mucho menos el de pies.

Bruno no tardo en masajearmelos, era un hombre perfecto, detallista y lleno de buenas energías.

— Esto es un placer...

— Estoy pensando que hace mucho que no salimos a tomar algo por ahí, podríamos salir este fin de semana ¿Qué te parece?

— Genial, podría ser el viernes, por si nos recogemos a altas horas de la noche poder restablecernos durante el fin de semana, ya estamos viejitos - bromeé

— Llamaré a Marcos, su mujer no para de decirle que nos diga de quedar, están deseando de salir también.

— Esta mañana precisamente hablé con ella, me dijo eso de quedar en

breve, que echaba de menos nuestras salidas, así que seguro que el viernes es el día perfecto.

— Perfecto, ahora lo llamo – dijo masajeando sin parar mis pies.

— Voy a dormir un rato, estoy agotada...

— Vale, luego más a la tarde salimos al hiper a comprar, la nevera está temblando y estamos en plan flojos – me quiñó el ojo

— Estupendo, un par de horas y estoy nueva.

Cuando desperté mi marido estaba al teléfono organizando con Bruno la salida del fin de semana, estaban riendo, congeniaban muy bien y tenían muy buen rollo.

— Está feliz por la salida del viernes.

— Genial – dije recordando que la última vez que salimos con ellos la cogimos brutal, nos duró unos días el recuperarnos y prometimos que no beberíamos más así, aunque seguro que el viernes lo volveríamos a hacer, esas cosas se olvidan y se repiten.

Cuando cerramos la puerta para irnos, nos encontramos casualmente a Bruno, me di cuenta de que su mirada se clavó en la mía, no dije nada, pero me puso muy nerviosa.

La compra la hice ida, pensando en su mirada, esa que noté que me quería decir algo, al menos tenía esa extraña sensación.

Una vez en casa pusimos colocada la compra, a la vez que hablábamos de los

planes del viernes, esos que hacían muy feliz a mi marido, se notaba que estaba con ganas de fiesta y desconectar.

Nos cenamos un sándwich y de ahí a la cama, al día siguiente comenzaba rápido nuestra jornada laboral.

Al despertar ya Bruno se había ido, otra vez vino la imagen de mi vecino a mi cabeza ¿Qué me quería decir? Eso no paraba de rondar por mi mente.

Llegué al trabajo y saqué un café de la máquina, necesitaba dar un chute de cafeína a mi cuerpo.

En ese momento recibí un inesperado mensaje

“Buenos días, guapa ¿Qué tal la mañana?”

Alucinada estaba, no esperaba ni el mensaje ni el piropo y mucho menos que se interesara por cómo estaba.

“Genial, me acosté temprano y eso ayudo a que hoy estuviera nueva ¿Qué tal tu?”

Envié el mensaje con una amplia sonrisa en los labios.

“¿Respondo a modo privado entre tu y yo?”

No entendí bien a que se refería.

“Perdona, no lo pillo”

“Preguntas como me encuentro y te digo que sí mi respuesta quedará en el más absoluto secreto.”

Reí, como una niña tonta que había acabado de recibir el mensaje del chico que le gusta, me dispuse a seguirle el juego.

“Sin dudas...”

Tomaba el café mientras esperaba su contestación.

“Desde ayer que te vi, soy el hombre más feliz de la faz de la tierra”

Sin palabras, me había dejado sin palabras, pero quería saber hasta dónde llegaba.

“No me lo creo...”

Entré al juzgado, a la cita que tenía para la conciliación, pero no sin antes mirar su última mensaje respondido.

“Hubiera dado diez años de mi vida por un beso tuyo...”

Blanca, sin respiración, sin creerme lo que estaba leyendo y encima, con cara de gilipollas.

¿Qué estaba pasando por mi mente para sentirme así?

Era feliz con mi marido ¿Qué me estaba pasando? No podía creer que eso me produjera una felicidad inesperada.

Cuando salí volví a contestar a su mensaje.

“No te creo...”

Contestó rápidamente.

“Deberías de hacerlo, cuando te encontré en el juzgado algo en mí cambio y al verte salir de tu casa con tu marido, algo me dijo que me habías robado el corazón”

Ahora entendí lo que su mirada quiso decirme.

“Estoy como un tomate...”

Estaba nerviosa, solo buscaba continuar esa conversación.

“Deseo que algún día tomemos un café o una copa de vino.”

Sin aliente, estaba sin aliento...

“Todo es posible”

No estaba bien esa conversación, ni meterme en esos fregados, pero algo en mí no me hacía frenar lo que estaba sucediendo.

“Mañana es mi día libre, por la mañana iré al bar de la calle de atrás del juzgado, será toda una casualidad verte por ahí.”

Buena indirecta y cita.

“Será una casualidad, sí, yo también tomaré café ahí.”

Su respuesta fue rápida.

“Te deseo un buen día”

En esos momentos comprendí que mi vida estaba cambiando...

Agarré los expedientes y me fui a mi casa, ya no me apetecía quedarme en el despacho ni en los tribunales, tenía un pellizco en el estómago y los nervios estaban apoderándose de mí.

A las doce estaba en casa, preparando una deliciosa carne al vino, en el horno, para cuando llegara mi marido tener todo listo, pero no podía dejar de pensar y revisar los mensajes.

Cuando llegó nos dimos un efusivo beso, pero al separarnos me di cuenta de que estaba fallándole, cosa que me puso triste, pero ya no podía quitarme de la cabeza a mi vecino.

Bruno volvió a trabajar por la tarde, tenía reuniones y yo me quedé en el sofá fantaseando con Sergio...

Cuando volvió por la tarde noche, nos fuimos a cenar al restaurante asiático que había frente a nuestra calle.

— Pasado mañana nos vamos de fiesta – dijo felizmente.

— Ya se me había olvidado hasta lo que es tomar más de una copa seguida, estoy deseando volver a tener esa experiencia – bromeé.

— Me hará gracia volverte a ver con dos copas, me aprovecharé tras eso de ti – me guiñó el ojo.

— No cambias...

— Pero a ti bien que te gusta...

— No me quejo – hice un guiño.

— Me lo pedirás tú...

Nos dio la risa, como siempre, teníamos muy buen rollo y sabíamos buscarnos la lengua.

Esa noche caí rendida en la cama, pensando en Sergio...

Me fui a la cocina a preparar un café, Bruno ya se había ido a su trabajo y yo me había despertado más pronto de lo normal.

Me vestí de negro, con unos pantalones y camiseta ajustados, unos zapatos en rojo, del mismo color que mis labios.

No paraba de mirar la foto de perfil de Sergio, esto estaba convirtiéndose en una obsesión,

En el despacho no dejaba de mirarme al espejo que había en un lateral, estaba increíblemente nerviosa.

Recibí un mensaje de Bruno.

“A las dos te espero en mi trabajo, te invito a comer”

Me sentía culpable, esa era la verdad...

“Claro, allí estaré”

Me lie con el trabajo, no había tiempo que perder.
Llegó tan esperado mensaje.

“En la terraza del bar estoy...”

Resoplé y apagué el ordenador, iba a su encuentro, llena de remordimientos, pero con unas brutales ganas.

Por cada cristal de coche y escaparate que pasaba me iba mirando.

Ahí estaba él, sentado en la terraza con una amplia sonrisa que derretía a cualquier mortal.

Se levantó y me saludó con dos besos, luego retiró cortésmente la silla para que yo me sentara.

— Impresionante – dijo mirándome de arriba abajo.

— Calla, me pones colorada...

— Pensé que te arrepentirías y no vendrías...

— Sé que está mal, pero soy valiente – sonreí.

— No hay nada malo, al menos por ahora – hizo un guiño.

— Ni lo habrá – sonreí.

— No estaría tan seguro – frunció el entrecejo.

— Estas provocando que intente salir corriendo – reí.

— Estaba pensando en invitarte a comer uno de estos días...

Me dio miedo solo de pensarlo, pero no me iba a quedar con las ganas y mucho menos negarme a la propuesta

— Cuando veas el momento me mandas un mensaje y nos organizamos – dije temblorosa.

— No me des largas – sonrió.

—Aún no lo hice – sonreí intensamente.

—Tendrás noticias sobre mi invitación.

Una hora estuvimos hablando, riendo y sintiendo una atracción que era innegable por cualquiera de las dos partes.

Quedamos en volvernos a ver y me dijo que por favor no lo olvidara.

Llegué al despacho flotando en una nube, nerviosa, recapacitando por todo lo que había sucedido y sobre todo sintiendo que algo nacía en mi interior.

Inesperadamente recibí un mensaje suyo.

“Si no hubiera habido nadie más que nosotros, te hubiera devorado a besos”

Sonreí ante su atrevimiento, pero me gustaba su juego.

“Capaz de decírselo a todas”

Respondió rápidamente.

“Jamás, nunca nadie me despertó lo que tú has conseguido”

Me asombró su respuesta.

“Me dejas sin palabras...”

Ya no sabía ni que decir.

“La próxima semana se va mi mujer, si quieres comemos el lunes”

Acepté rápidamente, como comía de vez en cuando con mis compañeras, no dejaría dudas de ningún tipo

“Vale, ya nos organizamos.”

“No se te ocurra olvidarme”

Eso quisiera olvidarlo, pero me daba a mí que iba a ser imposible.

Me puse a trabajar como una loca, no había tiempo más que perder, aunque sabía que no iba a quitármelo de mi cabeza.

Me fui al bar donde había quedado con mi esposo, allí lo esperé con una sonrisa después de ponerle un mensaje.

No tardó en llegar.

— Estás preciosa – dijo dándome un beso

— Los ojos con los que me miras – sonreí.

— Diría que impresionante.

Tomamos una copa de vino...

Un rato después nos trajo una succulenta parrillada que parecía para diez personas, mientras charlábamos yo tenía mi mente en Sergio, no lo podía evitar, terminamos bebiéndonos la botella entera, luego nos fuimos de compra hasta por la tarde que, tras merendar en una famosa pastelería, nos fuimos a casa.

Nos tiramos en el sofá tras la ducha, Bruno estaba muy juguetón...

— Hoy eras toda una provocación – dijo acariciándome.

Reí, pero me sentía culpable de no poder quitar a Sergio de mi cabeza.

Continuó acariciándome, era inevitable lo que estaba a punto de pasar.

Lo tenía dentro de mí, pero mi cabeza y corazón solo tenían en esos momento a Sergio.

CAPÍTULO 2

Viernes, al fin. Lo primero en lo que pensé al despertarme fue en Sergio. Tomé una ducha rápida y me arreglé como si fuese a verlo, aunque sabía que hasta el lunes no me encontraría con él. De todas formas, quería estar preparada por si me lo encontraba por casualidad en algún sitio. Él se estaba convirtiendo en una obsesión.

Salí hacia el despacho, me bebí mi café mientras miraba el móvil por si me llegaba algún mensaje de él. No había nada. Deseaba que me escribiese, porque yo no me atrevía por si estaba con alguien. Podía liarla.

Fui hacia el juzgado para entregar unos papeles y ponerme al día del caso que llevaba. Subía las escaleras cuando me llegó un mensaje. Era de Sergio.

“Que tengas un perfecto fin de semana. El lunes serás solo para mí.”

Me encantó leer eso, en mi cara se dibujó una preciosa sonrisa. Me estaba enamorando de ese hombre, quien había llegado a mi vida de forma inesperada.

“Buenos días, Sergio, que tu fin de semana también sea perfecto. Para la

comida que tenemos el lunes, ya me dices cómo lo hacemos.”

Seguía en línea, me leyó rápidamente y contestó al mensaje.

“No te preocupes, por la mañana te digo cómo, el sitio es espectacular y te encantará.”

No sabía adónde íbamos a ir, pero con él iría al fin del mundo, no me importaba.

“Vale, veo que tienes todo bien planificado.”

Me estaba enganchando a él rápidamente, estaba un poco asustada por el cambio que había dado mi vida en tan pocos días. Pero, sobre todo, por mí.

“Me gusta tener el control de todo lo que me importa. Como de ti, por ejemplo.”

Quise saltar y gritar allí mismo, en medio de los juzgados. Me había dicho que le importaba y mi corazón estaba hincho de alegría.

“¡No seas exagerado!”

Su respuesta llegó rápido otra vez.

“No lo soy, no puedo dejar de pensar en ti.”

En ese instante, mi móvil sonó, dejé de contestarle para seguir trabajando, aunque no quería dejar de hablar con él.

La mañana no se me hizo muy larga. Al salir del trabajo, como todos los viernes, quedé para tomar algo con Natalia, la mejor procuradora que existía. Decía que me veía extraña, con una sonrisa diferente, que notaba que me estaba arreglando demasiado esos últimos días. Le quité importancia y le dije que era porque me sentía bien, porque me encontraba en un momento de mi vida en el que me apetecía cambiar. Se lo creyó y se rio, terminé riendo con ella. Si supiera la verdad...

Nos tomamos algunas cervezas y alguna que otra tapa. Entonces pareció mi marido. Todos los viernes venía a buscarnos a esa terraza, sabiendo que estábamos allí. Entre tapa y tapa terminamos pidiendo algo más y almorzamos allí, hasta que nos marchamos a casa a descansar antes de que llegara la hora de la cita que teníamos por la noche.

Descansando, tirada en el sofá, fantaseaba con Sergio, me quedé dormida como un par de horas.

Tomé otra ducha al despertarme y me preparé como si fuese a una cena de gala. El taxi nos estaba esperando puntualmente a las ocho, nos dirigimos al restaurante donde habíamos quedado con nuestros amigos. Estaban ya allí, esperándonos.

Comenzamos a pedir una botella de vino detrás de otra, Noemí estaba relajada y no bromeando. Me insinuaba con gestos que el camarero estaba para comérselo. Yo la entendía a la perfección y no dejábamos de reírnos ya que nuestras parejas nos miraban sin entender nada, creerían que estábamos locas. Y cada vez que el camarero aparecía, evitábamos volver a reír.

Mi móvil estaba en silencio, miré si tenía algún mensaje y me quedé sorprendida cuando vi que tenía uno de Sergio.

Lo leí asegurándome de que nadie pudiera hacerlo.

“Vi cuando te montaste en el taxi. Tienes unas piernas preciosas. Con esa falda y esos zapatos... Sin palabras. Voy al club, piensa en algo, pero haz que nos encontremos todos allí, como de casualidad. Venga, tú puedes. Usa esa

imaginación e invéntate lo que sea para que nos veamos allí.”

Dios mío... pero ¿cómo iba a hacerlo? No sabía cómo, pero tenía que conseguir que todos termináramos allí. Mientras ellos hablaban de adónde íbamos a ir, solté mi idea como si se me acabara de ocurrir.

— Escuché hablar de un club, el Hell, me gustaría conocerlo, muchos de mis compañeros van y podríamos ver qué tal y tomarnos algo allí.

— Sí, también oí hablar de él, por lo visto tiene una terraza cubierta para poder estar relajados y tomando el aire —me ayudó Marcos.

— Pues entonces, tendremos que ir a ver qué tal —dijo Noemí.

— Vale, por mí como decidáis —aceptó Bruno.

Bien, lo había conseguido. Sonreí. Aunque sabía que no tenía que alegrarme por lo que hacía, no podía evitarlo. Cenamos y nos fuimos a conocer el pub. Cruzamos el local entero para poder llegar a la terraza. Al fondo lo vi, Sergio y Alicia estaban en la barra. Él nos miró y yo me hice la tonta, como si no me hubiera dado cuenta de su presencia.

Seguí caminando y llegué a la barra, donde estaba él. Al acercarnos, su mujer nos saludó con la mano al vernos, pidiéndonos por gestos que nos acercáramos a ellos y todos con caras de sorprendidos por encontrarnos.

Disimulé bien, pero estaba como un flan.

Hicimos las presentaciones formales porque Marcos y Noemí, aunque los habían visto por cruzarse con ellos, no se conocían. Alicia asumió el control con rapidez, llevando la conversación a su terreno, los demás le pedimos las bebidas al camarero.

— Podéis dejar las cosas ahí para estar más relajados —dijo Alicia, eso era una clara invitación a que nos quedáramos con ellos.

— Gracias —dijo Noemí. Se quitó la chaqueta y la dejó junto a su bolso en el lugar donde había señalado Alicia.

Me centré en la conversación de los chicos, hablando sobre el lugar y nosotras nos unimos a ellos. Hablé con todos, pero no podía mirar a Sergio a los ojos. Apenas hablé nada con él, pero sentía cómo él me miraba.

Noemí y Alicia hablaban sin parar, eran tal para cual. Yo me mantenía callada, mirando a mi vecina. Si decía la verdad, la destrozaría y después de ver cómo idolatraba a su marido... Se creía que él la adoraba. Como se enterara que él comería conmigo el lunes, se moría allí mismo.

Notaba la atracción entre Sergio y yo, aunque no habláramos. Estaba en el ambiente. Todos teníamos nuestras copas, pero a Marcos se le ocurrió pedir algunos chupitos aparte.

Estuvimos allí como una hora. Alicia propuso volver a quedar todos juntos e ir algún fin de semana a algún lado. Con lo que habíamos bebido, como para decir no.

—Mañana no me empiezo mover del sofá. Buscaré alguna casa rural para el próximo fin de semana. Alcohol, comida.... ¿Os parece? —preguntó Alicia antes de proponer un brindis.

— ¡Sí! —gritó Noemí.

Los demás afirmaron con la cabeza. Miré a Sergio, resignada, ya se lio. Y yo solo podía reír de tanto beber. Y Sergio estaba feliz.

Estaba feliz de poder pasar un fin de semana todos juntos. Lo tendría más cerca. Sabía que no estaba haciéndolo bien, pero era mejor beber más y

pensar menos. Quería disfrutar de la noche. Estaba con mis dos hombres y no iba a decir que no a nada.

Todos estábamos bebidos y a Noemí se le ocurrió crear un grupo de WhatsApp donde estuviéramos las mujeres para organizar lo del fin de semana.

Sergio se reía diciendo que era un peligro estar las tres juntas, ¡precisamente él! Y yo tenía que callarme. Porque si hablaba... El peligroso era él.

Nos fuimos a la pista a bailar, sabía que Sergio estaba pendiente a todos mis movimientos y yo lo hacía peor. Más sexy. Pero me rozaba con mi esposo, quien no sabía nada de nada. Para él era natural.

Estaba en un marrón, pero no me importaba. Me gustaba llamar su atención y saber que no podía hacer nada.

Bebimos y charlamos hasta que el local cerró y casi nos echaron. Nos despedimos de Charly y Noemí, quienes llamaron a un taxi y nosotros nos montamos en el mismo de Alicia y Sergio porque íbamos al mismo lugar.

Alicia no paraba de decir que cuando se le pasara la resaca, buscaría casa nos lo diría en el grupo para organizar todo. Yo reía por oírla, tan segura de eso. Nos bajamos del taxi y Sergio dijo, para sorpresa de todos:

— Venid, la última nos la tomamos en casa—levantó el brazo y nos invitó a entrar en su casa.

— ¡Olé! — Alicia gritaba.

Miré a mi esposo y sonreímos. Me afirmó con la cabeza y entramos en casa de los vecinos. Él también había bebido más de la cuenta y aún no quería dormir.

Nos sentamos en el sofá y esperamos a que Sergio nos sirviera la bebida.

— Hace tiempo que somos vecinos y nunca hemos tomado un café juntos. Somos unos maleducados por no haberos invitado -rio ella.

— No te preocupes, siempre estamos liados, el trabajo, la casa... No tenemos tiempo para nada, es normal -reí a carcajadas. Con ese comentario y yo pensando que el lunes iba a comer con él. Era más que un simple café.

— Pues desde hoy quedamos para desayunar. Yo me tengo que ir antes, así que si alguien tiene el detalle de tenerme el café listo antes de las siete... Me da igual en qué casa sea -rio Eddy.

— No, que no me levanto antes de las ocho —reí.

— Yo también me voy a las siete cuando trabajo de mañana -Sergio picando.

— Tú no es que trabajes mucho. Una mañana, una tarde, una noche y después la semana libre. Eso sin contar que los fines de semana también -se burló Alicia.

— Eso sí que es tener suerte —alucinaba.

— También corro mis riesgos —se defendió Sergio.

— Riesgos... No, cariño, lo que tú tienes es un peligro.... —dijo Alicia y nos hizo reír.

No entendía a esa mujer, lo mismo hablaba de él como si fuera un dios y lo mejor del mundo que lo ponía como si fuera el más peligroso. Es que ni ella se aclaraba. Pero yo no dejaba de reír, todo lo que tenía de tonta lo tenía de graciosa.

Noté que las miradas de Sergio hacia mí aumentaban y cada vez eran más sensuales. Me sentí hasta incómoda pensando en que nuestras parejas pudieran

darse cuenta. Un poco después nos despedimos de ellos y quedamos en hablar sobre la escapada más tarde, a Alicia no se le iba a olvidar el tema. No dejaba de hablar de ello.

Cuando desperté ya era por la tarde y Bruno estaba preparando algo de comer. Me iba a estallar la cabeza, me dolía todo, pero Sergio se me vino a la mente. Volví a tumbarme, esa vez en el sofá. Al día siguiente era mi cita con Sergio y eso me tenía nerviosa. No sabía qué pensaba él de todo eso ni por qué lo hacíamos, pero yo me dejaba llevar por lo que sentía.

Notaba a Bruno más cariñoso, me sentía mal por hacerle eso, pero ¿qué podía hacer? Por más que intentara quitarme al otro de la cabeza, no podía.

Mi vecina habló en el grupo que creó la noche anterior, ya había encontrado casa para el fin de semana. Nos explicó todo y como estábamos de acuerdo, decidimos salir el viernes rumbo a la loca aventura.

Esa noche apenas pude dormir, solo pensaba en qué ponerme para que Sergio no apartara la mirada de mí. Y mi mente volaba imaginando qué pasaría el día siguiente cuando nos viéramos.

A la mañana siguiente me desperté a la vez de Bruno. No pude evitar, porque no paraba de intentarlo, hacer el amor con él, pero en mi mente lo hacía con Sergio. No se iba de mis pensamientos.

Me duché, me arreglé y me tomé un café. Por fin había llegado el día en que estaría con él a solas y no tenía ni idea de qué tenía preparado. Fui hacia mi despacho, sabía que estaba guapísima, yo me sentía preciosa con mis botas altas de tacón, esa minifalda que dejaba mis piernas a la vista y una camiseta ceñida que ocultaba la chaqueta. De infarto.

Nada más llegar, me llegó un mensaje de Sergio.

“Hola. Nos vemos a las dos en el aparcamiento del centro comercial, el de atrás. Deja allí el coche y nos vamos en el mío. Y que tengas un día perfecto.”

Sonreí cómo tonta, estaría allí antes. Cómo para no, estaba deseando de que

llegara el momento. No sabía qué contestarle, así que lo primero que se me ocurrió.

“Gracias, feliz día para ti también. Nos vemos allí.”

No me contestó a eso. Estuve trabajando hasta que llegó el momento, casi salgo de allí corriendo para encontrarme con él.

Llegué y ya estaba esperándome. Aparqué mi coche al lado del suyo cuando lo localicé, me bajé, nerviosa y me monté en el suyo. Me guiñó el ojo y me dijo hola con una sonrisa. Además de no poder dejar de decirme que me veía hermosa.

Salimos hacia un restaurante en las afueras de la ciudad. Un lugar apartado y hermoso, pedimos vino y su forma de hablarme era provocadora, seduciéndome. Yo me sonrojaba, pero no me cortaba, le seguía el juego. Bromeamos por lo de la casa rural, íbamos a estar juntos el finde semana y aunque eso me hacía estar tensa, a él parecía que no. Le gustaba la idea, pero a mí no. De todas formas, me alegraba tenerlo cerca.

— Tengo una sorpresa para ti —dijo.

— ¿Qué sorpresa?

— Lo verás cuando lleguemos...

— Qué miedo...

— Anda ya, sólo disfruta. ¿Nunca has hecho nada sin pensar?

— Si esto no es hacerlo...

— No cuenta, solo es una comida...

— Estamos casados, por si no lo recuerdas, no saben que estamos aquí, ¿no es una locura eso?

— Me parece bonito —guiñó el ojo.

— Está mal...

— Depende de cómo lo quieras ver...

— Ya, pues aquí estoy...

— Eso es lo que me importa, estaba deseando estar contigo.

— Y yo contigo, no voy a mentir.

— Por algo estás aquí.

— Porque estoy como una cabra, se me fue la pinza.

— O solo has hecho lo que tu corazón te decía.

— Quizás. Pero es una locura y lo sabemos.

— Una locura perfecta —me dio la mano por encima de la mesa y me la acarició.

Salí borracha porque bebí demasiado vino, él no, solo se tomó una copa, Era quien conducía. En el coche fue muy cariñoso, me acariciaba la pierna y la mano.

No sabía a dónde íbamos, pero lo iba a acompañar adonde quisiera. Sus caricias me ponían cardíaca, me seducía de una manera especial. Mientras conducía, nuestras manos agarradas, soltando mi mano solo para cambiar las marchas.

Llegamos a un pequeño hostel a las afueras de la ciudad, lo miré con la boca abierta, nerviosa. Me dijo que no me preocupase y que tenía que confiar en él.

Llegué nerviosa a la habitación. Ya tenía las llaves de la habitación porque las había recogido antes de ir a por mí. Mientras entraba en la habitación, creía que el corazón se me iba a salir del pecho.

Se acercó a mí y me pego mi cuerpo con el suyo casi sin darme tiempo a pensar estaba muy seguro de lo que hacía. El control era suyo. Me agarró del trasero con sus manos.

— No, No sé si...

— Sí lo sabes, déjate llevar —me apretó más aún contra él y noté su erección.

Su mirada cada vez quemaba más, no iba a parar, iría hasta el final. Acarició mis nalgas hasta llegar a mi sexo.

— Dios, Tina, me vuelves loco...

No podía decirle nada, su control sobre mi cuerpo me dejaba muda. El corazón cada vez iba más rápido, me dejó allí y se sentó en la cama.

— Ven, aquí, a mi lado. Siéntate conmigo.

Temblaba cuando me acerqué a él, su cara reflejaba cómo de excitado estaba. Se quitó los zapatos, los calcetines... Todo sin apartar la vista de mí.

Me besó la cara, el cuello, me iba quitando los botones hasta dejarme camisa. Yo estaba muy nerviosa y no sabía qué hacer.

Deslizó los dedos por mis bragas, acariciándome. Hasta que me las quitó de un tirón, las medias que llevaba puestas también desaparecieron. Yo seguía nerviosa.

— Relájate, solo ocurrirá lo que tú quieras.

Yo flipaba, iba demasiado rápido, tenía un control sobre mi cuerpo que no podía creerme. Pensar en mi marido no hacía que dejara de desear a Sergio. Su lengua lamió todo mi cuerpo, hasta llegar a mi sexo. Eché la cabeza hacia atrás y disfruté de ese momento que me estaba dando.

Vi cómo se ponía el preservativo y se metió dentro de mí de repente, me dio una palmada en el culo y me dijo que me girase y me pusiese a cuatro patas.

Me penetró de una vez, me agarraba del pelo, fuerte, y con otra tocaba y apretaba mis pechos, sin dejar de penetrarme fuertemente. Apenas me dejó tocarlo ni moverme, solo ir a su ritmo.

Salió de mí y me puso boca arriba, las piernas dobladas, me tocó el clítoris mientras me penetraba fuerte, creía que iba a desmayarme por el placer.

No me dio tiempo a respirar y ya estaba dentro de mí otra vez, su cuerpo fuerte me excitaba como nadie. Su mirada quemaba, nunca había experimentado tanto placer a pesar de que mi marido me tenía satisfecha.

— Ha sido increíble —cayó sobre mí, derrotado por el orgasmo.

Se quedó encima de mí, me acarició la cara y no paraba de decirme piropos.

Más tarde fuimos a recoger mi coche para no llegar muy tarde a casa. Montados en su coche, puso la radio y agarró mi mano.

— No me olvides.

Sonreí y negué con la cabeza. Me sentía bien a su lado y lo que habíamos hecho... en ese momento era capaz de dejarlo todo por él, pero sabía que sería un error. Nos despedimos con un beso rápido cuando llegamos a mi coche y bromeó sobre el fin de semana que íbamos a pasar juntos.

Estuve pensando toda la vuelta, me sentía bien con lo que había pasado, estaba enganchada a él.

Bruno estaba esperándome en casa, me dio un fuerte abrazo y un beso en los labios, me dijo que estaba preciosa y que esa noche sería suya.

Sonreí, pero pensé que no sabía si era podría después de lo que había hecho con Sergio, pero disimulé y lo abracé.

Me duché y él preparó la cena. Lo estaba traicionando, pero lo de Sergio no podía evitarlo. Como tenía el móvil en silencio, no me di cuenta de que tenía un mensaje de él.

“Hubiera estado todo el día follándote.”

¡Joder, qué bruto! Con la cara ángel que tenía y lo que era en la cama... En verdad me encantaba que dijese cosas así, me provocaba. Ese hombre está empezando a adueñarse de mi corazón.

Me sequé y le contesté antes allí mismo.

“Fue perfecto, sé que no está bien, pero... Ha sido perfecto.”

Esperé su respuesta.

“Te deseo, tengo muchas ganas de volver a follarte.”

Y yo también. En otra ocasión me hubiese parecido algo frío, pero en ese momento me encantaba que me lo dijera así.

“Ya pensaremos algo después del fin de semana, estaremos juntos.”

No me respondió.

Fui a la cocina, Bruno ya tenía preparada la cena. Mi móvil seguía en silencio porque, aunque Bruno no solía tocarlo, no me la podía jugar.

CAPÍTULO 3

Llovía, miraba café en mano a través de los cristales de mi despacho, no podía quitarme la imagen de Sergio de mi cabeza.

Era injusto lo que le estaba haciendo a Bruno, pero no podía luchar contra esos sentimientos que eran más fuerte de lo que yo esperaba.

Solo de pensar en él me entraba un calentón que no podía controlar, era algo especial, inesperado y muy difícil de evadir.

Recordaba las palabras de él y eso no me dejaba concentrarme.

Casualmente al mirar el móvil, tenía un mensaje.

“Me subo por las paredes pensando en ti...”

Éramos los dos por lo que veía.

“Me alegra saber de ti.”

Esperaba ansiosa su respuesta.

“Tengo ganas de repetir”

Era de lo más educado, pero sus repentinas espontaneidades me volvían loca.

No me hice de rogar.

“Me da miedo repetir...”

Esperé con ansias su contestación.

“Te espero a la entrada de los aparcamientos del centro comercial, el jueves a la misma hora”

¡Joder! Volvía a retarme.

“No sé si será buena idea.”

Contestó instantáneamente.

“Allí estaré, hasta entonces no te volveré a escribir, si no apareces, no volveré a molestarte más”

Cuando terminó la jornada laboral, me fui directa a casa, donde me encontré a la mujer de Sergio.

— En tres días nos vamos, que ganas tengo ¡Por favor!

— Yo también estoy deseando.

— El jueves iré a comprar las cosas ya que Sergio trabaja.

— Genial, encárgate tu y ya luego todos ajustamos en la casa.

— Claro, compraré la carne y bebida.

— Genial, nos vemos entonces.

— Perfecto.

Entré, me cambié y me puse a preparar la comida, al rato llegó Bruno y me abrazó con efusividad, diciéndome que me quería y yo sintiéndome responsable de lo que estaba haciendo con Sergio.

— ¿Bien?

— Sí, aunque parecía que la mañana nunca iba a acabar.

— Vaya, hoy podríamos hacer algo.

— Me apetece estar en casa de relax.

— Buena idea también.

Mientras ponía la mesa me acordaba de la cita que tenía con Sergio en dos días, me sentía rabiosa, pero a la vez deseosa, me estaba volviendo loca con tantas sensaciones inesperadas que estaban abordando mi vida.

Noté a Bruno juguetón, de esos días que quería perderse en mí.

Mientras tomábamos el café tras la comida, él empezó a jugar con sus manos sobre mi barriga, comenzando a despojarse de mi ropa y denotando un deseo que no sería fácil de evadir, aunque mi cabeza como siempre estaba en Sergio.

— Te veo rara ¿Pasa algo?

— Solo es cansancio.

— Entonces conseguiré que te relajés...

Jadeo en mi oreja mientras me estampaba con el primer empujón, estaba deseoso, lo transmitía por cada poro de su piel, estuvimos haciéndolo un buen rato, me hacía disfrutar a pesar de que mi mente estaba en otro lado. No dejaba de decirme lo que me quería.

Esa noche nos trajeron comida del restaurante chino, estábamos en plan flojeras y no nos apetecía ponernos a cocinar.

El miércoles lo pasé sin tener ningún mensaje de Sergio, intentaba disimular mi tristeza ante Bruno, no quería hacerlo sentir mal al verme decaída, pero eso era lo que me producía no saber nada de él.

El jueves por la mañana mi sonrisa era ya evidente, aunque seguía sin noticias, como él ya me había advertido, pero sabía que en pocas horas se produciría nuestro encuentro.

Un mensaje inesperado diciendo que ya estaba en el hostel, en el mismo de la otra ocasión y que había pedido comida.

Eso de estar solos en la intimidad me hizo ponerme más contenta aún si cabía.

Me abrió la puerta, sonriendo y haciéndome entrar de un jalón tirándome directamente a sus labios.

Comida japonesa en la terraza que tenía la habitación y que estaba enclavada de forma que nadie nos podía ver, era perfecto el lugar, el momento y su compañía.

— ¡Rico!

— Pues prepárate para la guinda del pastel – hizo un guiño.

La sangre se me subió a la cabeza, estaba sonrojada, caliente, un sinfín de cosas que me hacía sentir con sus disparates.

Descorchó la botella y sirvió las dos copas, mientras que me miraba sonriente y desafiante a la vez, dejando entrever que deseaba lo que yo le daría un rato después.

Bebíamos a la vez que nos mirábamos, nuestras sonrisas hablaban por si solas y el momento era mágico y deseado, había una tensión sexual entre nosotros que disparaban todos los barómetros.

Mientras comíamos, hablábamos del próximo finde, donde lo pasaríamos juntos con nuestras parejas, una locura que me daba miedo y a él parecía darle vida.

— Quita la cara de espanto, será un fin de semana divertido.

— No lo veo adecuado...

— Sé que es una locura, pero hay que vivir el momento y la felicidad de saber que estaremos juntos, aunque no podamos tocarnos.

Se acercó a mí, sabía mis miedos y quería calmarlos con su cercanía, como el solo sabía hacerlo, todo se nos había ido de las manos, habíamos encontrado un punto que llenaba nuestras vidas y eso a estas alturas, ya era difícil de frenar.

Me levantó y abrazó, comenzó a besarme efusivamente.

— Dejemos de pensar – me llevó hacia la cama.

— Es difícil...

— Quiero follarte aquí y ahora...

Caímos sobre la cama.

— Quiero verte desnuda – dijo mirándome fijamente.

Comencé a desnudarme, atendiendo sus órdenes y despojándome de aquello que hiciera frenar el contacto con su piel.

Cuando me quité la ropa fue directo a mi pecho haciéndome gemir.

Me puso frente a la cama, de espalda a él, abriéndome las piernas y poniendo mis caderas a su altura, para penetrarme de una estocada que me hizo dar un grito fuerte de gemido.

Comenzó a tocarme a la vez el clítoris y volverme loca como solo el sabia.

Caímos en un orgasmo que nos hizo tirarnos en la cama quedando sobre mí.

— Me tengo que ir – hice un gesto de tristeza.

— Yo también, pero podemos hacer uno más en plan rápido – sonrió.

— Es tarde...

— Silencio – dijo volviéndome a poseer.

Comenzó a saborear mi parte íntima y a jugar con ella, volviéndome loca de placer, haciendo chillar a lo grande, sin importarle que otras habitaciones pudieran escucharnos, él quería verme así, perdiendo la cordura y el control en sus manos.

Nos despedimos y salí rápidamente del hostel.

Llegué a casa y ahí estaba Bruno preparando la cena, dejé las cosas en el salón y fui a saludarlo.

— Hola —dije con remordimientos, evitando que me notara nada.

— Hola, mi vida, se te hizo tarde – me dio un precioso abrazo, de esos que le salía del corazón.

— Estuve reunida con un cliente en Jerez, revisando el caso se nos echó el tiempo encima – mentí como una condenada.

— Gajes del oficio – dijo dándome un toque en la nalga y preparando la mesa.

Cenamos y luego recogimos todo, era el momento de relax, pero no de reflexión, lo hecho, hecho estaba y mis sentimientos habían tomado el poder de mi vida, sin darme ninguna otra opción que dejarme llevar.

Estuvimos hablando de cómo nos había ido el día, por supuesto yo tapando mi tarde tan bochornosa para la situación sentimental que tenía con mi marido, no se merecía sufrir por mí y menos aún enterarse de algo así.

— ¿Bien? Te noto preocupada.

— Nada, cansada – mentí como una jabata, no podía decirle lo contrario, no era justo.

— No queda nada para las vacaciones, este año no te dejaré que las cambies a última hora como años anteriores – dijo acariciando mi barriga.

— Ni de bromas, este año las cojo a su debido tiempo.

— Este fin de semana nos servirá para desconectar.

Afirme corroborando su frase.

— Me encantas, sabes lo que te amo, cada día te veo resplandeciente – besó mis labios.

— Voy a darme un buen baño – dije devolviéndole el beso y marchándome.

—Te vendrá bien, lo mismo me uno – hizo un guiño.

— Invitado quedas – dije a pesar de no tener ni pizca de ganas de pasar por otro momento íntimo en el día de hoy, eso me hacía sentir sucia.

Dentro del baño me vino el recuerdo de Sergio, de la tarde que había pasado de él, de los momentos tan fuertes e intenso que habíamos vivido, eso me hizo reaccionar tocándome a mí misma.

Llegó el orgasmo, luego me sentí mal, se me estaba yendo todo de las manos y estaba sintiendo que mi vida solo giraba en torno a Sergio, ese hombre que había estado siempre en mis narices y nunca me había llamado la atención, pero que, desde aquel día, se había vuelto el todo en torno a mi vida.

Me sentía culpable...

Me metí en la cama y Bruno ya estaba en el séptimo sueño, durmiendo como un bebé, miré el móvil para ver la hora que era y me sorprendí al comprobar que tenía un mensaje de Sergio.

“Te echo de menos”.

Miré a Bruno, quería comprobar que estaba durmiendo.

“Nos van a pillar...”

Respondió.

“Ve al cuarto de baño”.

De ahí venía y precisamente de haber tenido un orgasmo pensando en él. Volvió a escribir.

“¿Ya?”

Volví al baño, cerré el pestillo...

“Ya...”

No tardó en contestar.

“Necesito follarte”

Bruno me llamó para mi asombro, mandé corriendo un mensaje a Sergio diciendo que tenía que dejar el móvil, que no podía contestar más hoy.

Volví a la cama y abracé a Bruno, estaba haciéndolo todo jodidamente mal, pero no sabía ni quería frenarlo, pero esto me estaba consumiendo, estaba vagando entre dos amores, el que me había acompañado toda mi vida y el que

había entrado a ponerla patas arriba.

CAPÍTULO 4

Iba contenta a trabajar porque íbamos a pasar el fin de semana juntos. Sobre todo, porque iba a estar con Sergio y aunque iba a ser difícil fingir al estar cerca de él porque el deseo era difícil de ocultar, estaba contenta.

La mañana pasó rápidamente, cuando me di cuenta ya era la hora de salir. Ese día Bruno también llegaría pronto a casa.

Cuando entré en casa me sorprendí ya que mi marido me tenía todo listo. Mi maleta la había dejado lista esa mañana, así que fue llegar y salir. Sergio y su mujer ya nos esperaban, nos montamos todos en nuestro coche y salimos hacia donde habíamos quedado con la otra pareja. Ya estaban allí cuando llegamos, nos siguieron y un rato después paramos a comer en un restaurante que había por el camino.

Pedimos vino porque Noemí decía que había que empezar ya la fiesta, que ella no iba a perder el tiempo. Todos nos reímos, ya la conocíamos y sabíamos cómo era y cómo podía liarla. Los chicos estuvieron hablando toda la comida y nosotras contando cómo habíamos pasado la semana.

Me callé varias veces, intentando no reír al recordar lo que Sergio y yo habíamos hecho esa semana. Y si ya me acordaba de cuando en el baño me pidió que lo tocara, me ponía roja. Estaba como una cabra ese hombre.

Por cómo lo veía, sabía que a él le pasaba lo mismo. Intentaba contenerse también. Pero los recuerdos...

Comimos y seguimos conduciendo hasta llegar a la finca. Cuando nos bajamos del coche, Noemí y Alicia saltaron como niñas pequeñas, chillando emocionadas. Sacamos las cosas del coche y las metimos en la casa. elegimos habitaciones y colocamos las cosas que llevábamos de comer. Sergio ya estaba sirviendo el alcohol.

Con nuestras copas, nos sentamos fuera, eso era increíble, la naturaleza pura.

Y aunque hacía algo de frío y tuvimos que abrigarnos, se estaba muy bien.

— ¿Por qué tan seria? —me preguntó Alicia.

— No sé, son me creo que no trabaje hasta el lunes -bromeé.

Marcos vino con una botella de ron y comenzó a servirnos unos chupitos. Nos reímos, sabíamos que íbamos a emborracharnos pronto.

— ¡Brindemos! —gritó Charly.

Sergio se reía y me miraba.

— Que este solo sea el principio de muchos juntos —dijo Marcos.

— ¡Salud! —gritó Alicia.

Bebimos y volvimos a reír porque Alicia no dejaba de beber.

— ¡Por mi suegra! —gritó Alicia de repente.

— Por tu suegra —respondió Noemí.

— ¡Sí! A ver si le toca la quiniela o la lotería y se va de viaje, se pierde por el mundo por no sé... como por un año mínimo— Sergio negaba con la cabeza y los demás nos reímos a carcajadas.

El brindis era irónico, obviamente. Marcos intentó cambiar el tema, no eran cosas para hablar en un momento así. Estábamos para pasarla bien. Pero se notaba que a Sergio no le había sentado nada bien. El problema era que nadie era capaz de callar a su mujer cuando empezaba a hablar. Y se notaba que a él ese tema le hacía daño.

Alicia volvió a beber y al ver que el mal rollo se había instalado allí, trajo una radio y puso música. Como nadie le hizo caso con la broma de la suegra, intentó bromear y se puso a cantar.

Sergio intentó olvidar el tema, pero todos sabíamos que le había sentado mal.

Un poco más tarde hicimos una fogata para la barbacoa, se encargó Sergio mientras Bruno se encargaba de tener las copas siempre llenas. Nosotras hablábamos de compras y ropas y estábamos entretenidas.

Me sentía algo incómoda cuando Bruno me besaba o me abrazaba delante de Sergio, pero era mi marido y no podía impedirselo. Alicia volvió a servir unos chupitos y cogió el suyo para brindar de nuevo. Los demás nos quedamos esperando, a ver qué decía esa vez.

— Mi brindis esta vez es para mi suegro, era un santo aguantando a esa mujer —nos quedamos todos asombrados de nuevo.

Parecía ser que no iba a callarse e iba a soltarlo todo.

— Siempre liándola... —se quejó Sergio.

— Pero si he dicho que es un santo.

— Sí, insultando de nuevo a mi madre.

— Pues alégrate de que no la llamé bruja —dijo borde tras beber.

— Alicia, te guste más o menos, es mi madre. Controla la lengua que no estamos solos.

— No estoy diciendo ninguna mentira, si tanto te ofende, por algo será.

— Que no vuelvas a nombrar a mi familia —Sergio golpeó la mesa.

— Es hora es comer, así que la carne a la barbacoa ya — Charly intentó suavizar la cosa.

— Menos mal, tengo un hambre que me muero —dije a ver si así se dejaba el tema de lado.

Alicia seguía a lo suyo, tan tranquila como si no hubiese hecho nada. Sergio se notaba avergonzado y con mala cara. Cuando vi que nadie me miraba, le guiñé un ojo y él me sonrió tranquilizadamente.

Ya alrededor del fuego, comenzamos a comer. Marcos seguía pendiente a la barbacoa, Noemí charlaba con mi marido y Bruno y yo nos quedamos en una esquina junto al fuego.

— No la soporto. Tiene la gracia en el culo — miró su copa.

— Olvídalo, nadie le hizo caso. Cuando bebemos, decimos lo que no debemos o queremos.

— Beba o no, ella es así. Odia a mi madre.

— Lo siento, no tiene que ser fácil para ti.

— Intento ignorarla cuando habla de ello, pero es que se pone pesada. La dejo hablando sola y me voy, pero...

— ¿Y qué tal con tu hija? —yo había visto que tampoco la trataba muy bien.

— Mi hija... Yo sé que no le gusta verla, pero es mi hija. Tiene que aguantarse y jamás dejaré que diga nada malo de ella. A veces ha intentado hablar mal y la he callado. Mi hija es lo más importante y no tiene derecho a nombrarla. Ni a criticarla, joder, que es una niña.

— Tiene que ser difícil vivir así —no entendía por qué la aguantaba, pero no era algo mío.

— Ojalá se pareciera a ti. Se nota que eres especial, el respeto con que tratas a las personas. A tu marido, por ejemplo. Y él que él te tiene ti.

— Por ahora...

Me callé después de eso, pero acabamos los dos riendo. Alicia y Noemí se acercaron a nosotros.

— ¿De qué os reís? —preguntó Noemí.

— De nada, estaba diciendo que como bebamos más, terminaremos bailando sobre la hoguera.

— Así nos podemos reencarnar en brujas —dijo Noemí.

— Bastante bruja con mi suegra, gracias — Noemí se quedó avergonzada por haberle dado pie al usar esa palabra.

— No paras, ¿verdad? No vuelvas a hablarme en todo el fin de semana. ¿Te crees graciosa? Pues no lo eres. Y hazme el jodido favor de respetar a mi madre. Me dio la vida, no sé si lo recuerdas.

— Ohhh, me remuerde la conciencia—dijo irónicamente.

— Que te den, ni me mires. No existo para ti. Y felicidades, ya diste la nota, que es lo único que sabes hacer.

Marcos volvió a traer carne para cambiar de nuevo el tenso ambiente que se había creado. Pero Sergio estaba muy triste, se le notaba en la cara que no era feliz, ¿por qué seguía con ella? Al final pudimos animar la cosa y bromear hasta casi por la mañana, cuando ya nos fuimos a dormir, borrachos como cubas.

Nos levantamos bastante tarde, Bruno se quedó más tiempo en la cama, pero yo no. Me di una ducha y fui a prepararme un café. Me dolía la cabeza mucho, mierda de resaca. La casa estaba en silencio, supuse que todos aún dormían. Pero al entrar en la cocina me encontré con Sergio. Estaba sumido en sus pensamientos, con una taza de café en las manos y mirando por la ventana hacia afuera.

Como no me escuchó, me quedé un rato mirándolo. Era guapísimo, con su ropa deportiva que tan bien le sentaba y ahí, como obnubilado.

— Buenos días —susurré.

Miró hacia la puerta y me sonrió, el corazón me dio un vuelco.

— Buenos días, hermosa.

Dejó la taza de café y se levantó para venir hacia mí. Me puse nerviosa.

— ¿Resaca? — me preguntó.

— Me duele la cabeza —lo miré y sonreí—. Bebí demasiado, parece que no estoy acostumbrada a beber tanto —suspiré.

Cogió algo de un armario y me lo dio. Una pastilla.

— Tómala, te ayudará. Y siéntate, descansa, ¿cómo te gusta el café?

— No. Ya lo hago yo —no quería tenerlo más cerca de mí, me iba a volver loca.

Pero ni cuenta me di que ya lo tenía casi encima y me había agarrado por la cintura.

— Sergio ...

Sergio ya me estaba besando, un beso que empezó lento y yo quería más. Oímos el ruido de la puerta de alguna habitación cerrarse y nos separamos. Él volvió a donde estaba y yo me serví el café, entonces aparecieron Noemí y Marcos.

Se notaba que tenían una resaca impresionante. Les puse también el café y Sergio les dio una pastilla como la que me dio a mí. Poco tiempo después, estábamos todos desayunando. Alicia enfadada y de vez en cuando soltaba alguna perla para pelear con Sergio, pero este la ignoraba. Cosa que yo agradecía.

— ¿Sabéis hacer senderismo? —preguntó Sergio sin venir a cuento.

— A ver... No es por no andar, pero andar por andar... — Noemí nos hizo reír a todos con la forma que tenía de decir las cosas.

— Hacer ejercicio siempre es bueno —dijo Bruno.

— Que podemos intentarlo, pero... -se notaba que a Noemí no le hacía gracia- ¿No podemos hacer otra cosa en la que no haya que andar mucho? No sé, sentados...

— Vete al sofá —me reí.

Se río al señalarme con el dedo, pero diciendo que a mí tampoco me gustaba mucho el plan y era verdad. Pero era algo que íbamos a hacer todos juntos, lo haría. Al final conseguimos planear el día y quedarnos en un complejo turístico que había por allí cerca.

Estaba formado por unas cabañas de madera que alquilaba la gente y prometimos hacerlo alguna vez. Habíamos estado hablando por el camino de la cantidad de actividades que podía hacerse allí, normal, todo era naturaleza pura. Y precioso mirara donde mirara. Pero no teníamos demasiado tiempo, así que nos tocaría volver con todo eso planificado. Nos sentamos a beber algo y a comer, en unos banquitos de madera. El picnic no nos había quedado nada mal. Comimos relajados y dimos un largo paseo antes de volver a casa. una ducha, picoteo preparado y a cenar al aire libre.

Notaba las miradas de Sergio en todo momento y me tenía excitada. Pero me daba miedo que alguien más lo notara. Como estaba frente a mí, le di un puntapié, pero me ignoró.

Alicia se mantuvo unida al grupo, agradecí que no quisiera romper el buen rollo que teníamos y que se mantuviera callada. Cenamos, recogimos todo y me ofrecí para preparar unas copas. Rechacé la ayuda de mi marido, necesitaba unos minutos a solas.

— Esto es insoportable —lo miré cuando habló.

— Calla... Te pueden oír.

— No —desde la ventana se veía a todos fuera—, pero me pueden ver. Mejor me quedo donde estoy.

— No podemos arriesgarnos, Sergio —le advertí.

—Nadie se dio cuenta —se encogió de hombros—, quiero pasar la noche contigo.

— Sergio...

—No digas que no. Quiero follarte.

— Loco —reí, nerviosa. Pero él lo decía seriamente—. Estás de broma, ¿verdad? No podemos arriesgarnos.

—En el baño —me dijo antes de irse.

No podía ser lo que me estaba pidiendo. Terminé de preparar las copas y las llevé afuera.

— ¿Dónde está Sergio? —pregunté cuando llegué, haciéndome la tonta.

— Tenía que llamar a “su mamá” —dijo Alicia con retintín, evitando insultarla.

Tomé asiento y me quedé allí. No podía ir al baño como Sergio quería, pero estaba deseando que me tocara. Era muy arriesgado.

Volvió un rato después y por su mirada pude ver que estaba molesto, pero al final la noche pasó entre risas, ignorando eso entre nosotros. Hasta que Alicia volvió con sus comentarios y el ambiente se tensó de nuevo. Hasta que decidimos irnos mejor a dormir. Pero no podía dormir, estaba demasiado nerviosa, así que me fui al sofá y me puse a mirar el móvil. Y fue cuando me llegó un mensaje de Sergio.

“Al baño. Ya”.

¿Pero cómo sabía que estaba despierta? Lo peor es que, con la curiosidad, fui al baño. Antes de entrar, ya había jalado de mí, cerró la puerta y pegó su cuerpo al mío, pegándome a la pared, con él a mi espalda.

No dijimos nada. pero su mano ya había entrado dentro de mi ropa y tocaba mi entrepierna. Intenté no gritar ni gemir, pero no por falta de ganas. Me tocaba los pechos por debajo de la camisa y me pellizcaba los pezones y a mí iba a darme algo allí mismo. Lo que me dio fue un orgasmo increíble. Me temblaba todo el cuerpo.

— No me olvides —me besó en la oreja y me dejó allí, se marchó.

Me acosté y ya sí que no pude dormir. iba a perder la razón por ese hombre, acabaría conmigo.

El domingo era el día de marcharnos, desayunamos y preparamos todo para irnos. Nos habíamos divertido y aunque olvidando el tema de Alicia, lo pasamos bien. Lo repetiríamos, como dijimos.

Sergio, alguna que otra vez, me miraba y yo me ponía roja, recordando lo de la noche anterior.

Ya en casa, tenía mucho en lo que pensar. Porque las cosas se me estaban yendo de las manos. Pero terminar con Sergio era algo que ni siquiera me planteaba.

La cuestión es que estaba casada. Y no sabía qué iba a hacer con mi marido, hasta dónde llevaría el engaño. Pero no iba a dejar de ver a Sergio. Y ya no era el sexo, había mucho más. Me había enamorado como una imbécil y eso era un problema.

Pensar y mirar a mi marido me hizo llorar porque, tomara la decisión que tomara, sufrir era inevitable.

CAPÍTULO 5

Alicia había tratado de muy mala forma el fin de semana a Sergio, a pesar de eso, lo habíamos pasado de muerte, ahí comprendí que a él no le importara lo más absoluto tener una relación extramatrimonial ¿Y yo? Mi matrimonio se basaba en el respeto al menos hasta conocer a él y el amor...

Toda la mañana con los nervios a flor de piel por no tener noticias de Sergio, pensé mil veces que, porque me tenía que pasar esto a mí con la vida tan perfecta que tenía, si Bruno tuviera una mínima idea de lo que yo estaba haciendo, la cosa se pondría muy fea y las consecuencias serían irreparables.

Me senté frente a la oficina de mi marido, tomando un vino, esperándolo...

Un mensaje de Sergio llegó por fin.

“Te tengo en mi mente y corazón, espero que tú también a mí”

¡Sí! Se acordaba de mí.

“No sé vivir sin ti”

No dudé en enviárselo y él en responderme.

“Esto es algo difícil de frenar ya, a mí me pasa lo mismo”

Tenía mis serias dudas de que él quisiera algo más, o solo se quedaría en una aventura, cosa que en el fondo partía mi alma.

“Podríamos hacer que no sucediera más...”

Me había columpiado, pero ya estaba enviado...

“Mañana te espero en los aparcamientos del centro comercial, a las dos, no hagas que tenga que ir a por ti donde sea”

¿Sería capaz de buscarme? ¿Tanto le interesaba? No dejaba de hacerme preguntas, no paraba de dudar si eso era amor o solo algo pasajera que nos estaba en estos momentos hacer perder la cabeza de tal manera.

Ya era hora de que pronto tomara una decisión, no podía estar jugando de esa manera con mi marido, no se lo merecía y yo tampoco podía, mis sentimientos estaban a flor de piel y mi vida se había ido a otra vertiente.

Llegó Bruno, pidió al camarero una copa igual que la mía.

— ¿Cómo te fue la mañana, preciosa?

No contesté a Sergio, me puse a pensar y se me había ido la olla, pero ya daba por sentado que habíamos quedado al día siguiente.

— Bien, mucho trabajo y así pasó rápido – mentí descaradamente.

— Hay un puente dentro de tres semanas, estoy pensando llevarte a un sitio que sé que te va a sorprender.

¿Marcharme sin Sergio? ¡Me había matado!

— Vale, una idea estupenda – dije con el dolor de mi alma.

— Genial, me encargo de todo.

Después de la comida nos fuimos a casa a relajarnos, me eche un siesta y cuando me levanté me metí en el baño, no conseguía quitar de mi cabeza a Sergio.

No cogía el sueño y tomé la firme decisión de hablar con él al día siguiente aprovechando la cita, no podíamos seguir así, era demasiado ya, descarado, arriesgado y de muy mal gusto, aunque fuera lo que deseaba, pero no era lo correcto, Bruno no se merecía eso.

Por la mañana al despertar estaba mal, me hice un café y no paraba de llorar tenía unos terribles remordimientos.

Después de la mañana de trabajo llamé a Bruno para decirle que tenía reuniones con clientes, que nos veríamos a la tarde en casa, así que me fui al encuentro de Sergio.

Cuando llegué él estaba apoyado en el coche, aparqué el mío y nos metimos en el suyo.

— No me fallarías, lo tenía claro – dijo sonriendo de forma picara.

— ¿Hacia dónde vamos?

— Al restaurante que tu y yo ya conocemos.

— Está bien.

Quería hablar claro con él, no podíamos seguir así, tampoco conocía sus

pretensiones, era el momento de hablar claro, hoy y no dejar pasar ni un día más.

Nos sentamos frente a la chimenea del restaurante, pedimos dos copas de vino.

— Cuéntame que te pasa – dijo acariciando mi rodilla por debajo de la mesa.

— No puedo más, por un lado, todo el día pensando en ti y por otro Bruno, no se merece todo lo que estoy haciendo.

— ¿Quieres dejarme?

— No es eso, no hay nada realmente como para entenderlo como ruptura...

— Yo soy feliz a tu lado.

— No es una forma de vida.

— ¿Y qué forma de vida quieres?

— Sé que mi corazón late a cada momento por ti, pero no puedo seguir así, como te digo es injusto para Bruno.

— Te comprendo, pero ahora mismo solo te puedo ofrecer esto.

— No puedo aceptarlo – dije con lágrimas en los ojos.

— Te respeto, pero quiero que entiendas que para mí no eres una más, lo

único que ahora no pudo ofrecerte lo que pienso que necesitas.

— Lo comprendo, solo quiero recomponer de nuevo la vida que tenía antes.

— Entiendo y lo respetaré...

Me dolía su actitud, ni el más ápice de lucha por mí, ahí comprendí que sus deseos no pasaban de ser más que una mera aventura donde la atracción era evidente.

Me acercó a mi coche, deseándome lo mejor, ni siquiera se paró a darme un abrazo o una muestra de cariño, eso me descolocó mucho y me dio directo al corazón.

Me monté en mi coche llorando y salí de allí, en el fondo me hubiera gustado que me hubiera aguantado y dicho que no me iba a dejar ir o que no podría vivir sin mí, pero no era así y tenía que aceptarlo.

Bruno estaba haciendo una siesta, aproveché para meterme en el baño y darme una ducha, quería arreglar esa cara de llorona y de persona que le arrancaban la vida.

Toda la tarde tirada en el sofá esperando a recibir un mensaje por parte de él, en el fondo era lo que deseaba, pero parecía que no iba a ser así, eso me tiró un pellizco en el estómago que apenas me dejó dormir por la noche, tuve que levantar a tomar una tila y me di cuenta de que estaba tocando fondo.

Cuando me levanté era una muerta en vida, pálida, desgana, me arregle menos de lo normal y me fui en bus al trabajo, no tenía ni ganas de conducir, estaba pasándolo realmente mal.

Al llegar a mi despacho, vi una rosa sobre la mesa, me quedé extrañada, solo

podía la limpiadora haberlo metido, era la única que tenía la llave, me puse de los nervios y solté todo, mirando el sobre, ese que, al abrir, me di cuenta de que provenía de Bruno.

“Te amo mi vida, este fin de semana tengo una gran sorpresa para ti....

¡Te quiero, mi reina!”

No paraba de llorar, estaba todo al revés en mi vida y Bruno no tenía la culpa, pero mi corazón ya pertenecía a otro ¿Cómo podía volver atrás y llevar mi vida feliz junto a Bruno?

Al llegar a casa le di las gracias por el precioso detalle, intenté disimular ese dolor que poseía mi alma, que me hacía parecer una alma en pena y que arrancaba todo mi ser de un plumazo.

Los demás días iba igual, decaída, sin ganas, con palidez, el humor por los suelos, Bruno se daba cuenta, pero me apoyaba, pensaba que tenía estrés laboral y hacía todo lo posible por cuidarme.

Todo el día mirando en el trabajo el reloj para irme, o lo peor aún, el móvil por si recibía algún mensaje o noticia de Sergio.

Era obvio que yo había acabado con eso ¿Pero tan fácil para él? Me había sacado de su vida de un plumazo y no entendía porque de su actitud, solo que me dejaba más claro que había sido unos polvos para él.

Estaba a punto de enfermar, ya tenía que tomar las riendas de mi vida, hacer algo para cobrar la ilusión y volver a encauzar mi vida, esa que era ahora mismo un mar de dudas y sentimientos, esa que me ahogaba a cada hora del día.

Llegó el final de mi jornada laboral, tenía todo listo para irme con Bruno, no sabía a donde, pero me iba, quizás eso valdría para empezar a ver todo de otra forma, aunque me tenía de lo más intrigada, además ya llevaba dos días llorando menos, echaba de menos a Sergio, sí, pero lo llevaba mejor.

Al salir de la oficina ya Bruno me esperaba, fuimos directos al aeropuerto de

Sevilla, mi sorpresa fue grande cuando vi que íbamos para París, ya habíamos estado allí, pero él sabía que adoraba esa ciudad y que estaba deseando de volver.

En pleno corazón parisino estaba nuestro hotel, un lujo al alcance de pocos, pero que él había reservado con todo su cariño.

Nos fuimos a pasear todo el día visitando los mismos lugares que años atrás y disfrutando de ese precioso lugar tan cosmopolita.

Antes de subir al hotel por la noche cenamos en un restaurante maravilloso, ese día mi sonrisa era más suelta y él lo notaba.

— Te veo mejor y menos estresada que días anteriores.

— Me siento bien aquí, creo que lo necesitaba.

— Trabajas demasiado.

— Sí, lo siento, pero ya sabes como soy – mentí de cierto modo.

— Eres fuerte, pero creo que tu último caso está llevándote al límite.

— Nada, tranquilo, podré con él – me sabia mal mentirle, pero no me quedaba otra.

— Disfruta de este fin de semana – dijo acariciando mi mano por encima de la mesa.

Al llegar al hotel nos tumbamos en la cama después de una ducha sanadora.

— Te amo con locura, Tina.

Terminamos haciendo el amor, dejándonos llevar por la intensidad del día que habíamos tenido, yo tenía ganas de recuperar lo que antes sentía por él, un amor pleno y que solo tenía ojos para Bruno, evité llorar al pensarlo.

El fin de semana fue fantástico, me hizo algunos regalos que se me antojaban de escaparates y disfrutamos de cada atracción de la ciudad.

Tenía claro que iba a luchar por él, me traía eso en mente de París.

CAPÍTULO 6

Nada era fácil en ese momento de mi vida, sobre todo después del fin de semana. Pero había decidido olvidar lo que pasó y seguir con mi matrimonio. Era feliz en él, siempre me hizo feliz. Llamaron a la puerta y dije que pasara quien fuera.

Y me quedé completamente en blanco al ver a Sergio ahí, entrando y poniéndole el pestillo a la puerta.

— Hola —se acercó a mí.

— Sergio..., ¿qué haces aquí?

Puso cara de circunstancia y vino hacia mí. Mi corazón comenzó a latir fuerte y me sonrió al llegar a mí. Me tocó la mejilla con el dedo.

— ¿Creías que no me volverías a ver?

— Sí —mi voz temblaba.

Nos quedamos mirándonos, pero no podíamos decirnos nada. me hizo levantarme de la silla y me apoyó en la pared cercana. Con sus manos, agarró las mías y las subió sobre mi cabeza. Y me besó. Sin control, hambriento de mí. Y en ese momento sentí su erección, haciéndome temblar.

Me sujetó la cabeza, sus dedos enredados en mi pelo, aguantando mientras me besaba más y más fuerte. Gemí, notando su cuerpo presionado son el mío.

Me hizo tumbarme sobre la mesa, agarrando mis caderas con sus manos y me puso el trasero al borde de esta. Me acarició el cuerpo y me fue desnudando, cogió mis pechos desnudos con sus manos y pellizcó mis pezones cuando los sintió duros. Los mordió y sus dedos entraron dentro de mi cuerpo. Con sus besos tapaba mis gemidos, el orgasmo estaba a punto de llegar. Ocurrió cuando acarició mi clítoris, estallé en mil pedazos.

Aun temblando, se puso un condón y entró de mí de forma brusca. Llegó al clímax y me miró.

— Lo nuestro no acabará tan fácilmente.

Se colocó la ropa, besó mi frente y se fue de allí.

Me dejó sola y yo aún estaba con la boca abierta. No sabía cómo iba a seguir

trabajando en esas circunstancias. Apareció de repente, me hizo suya y con las mismas se marchó. Me había dejado claro que él tenía el control de lo nuestro. Sería cómo, cuándo y dónde él quisiera.

Seguía haciendo conmigo lo que quería, se marchaba y me dejaba así. Iba a perder la cabeza a ese paso.

Yo estaba muy tranquila para que volviera a hacer que perdiera la cordura. Decidí olvidar lo que había entre nosotros, seguir con mi marido y llega él de nuevo, a joderme la mente. Lo iba a matar....

Me fui del trabajo un poco antes porque había quedado en tomarme algo con una compañera.

— Últimamente estás rara, ¿qué te pasa?

La miré como extrañada, tenía que mentirle, porque no iba a contarle la verdad.

— No sé, la verdad que no tengo razones, solo me siento extraña. Un poco triste a lo mejor.

— Eso nos pasa a todos, es normal. Son bajones.

— Será, ya se me pasará.

— ¿Bien con Bruno?

— Sí, sabes que es un santo, no me da dolores de cabeza.

— Pues sí, es de esos hombres que no quedan. Tuviste suerte.

Esa era la verdad, era un gran hombre y estaba conmigo. Pero yo era gilipollas. Me despedí de ella y me fui a casa. Bruno llegaría tarde ese día, así que aproveché para descansar en el sofá. Y no podía dejar de llorar, la aparición de Sergio me había desestabilizado por completo.

Volvía a dudar y eso me enfadaba porque no teníamos futuro.

De Sergio no volví a saber los días siguientes y ni a él ni a su esposa me los encontraba al entrar en casa. Era como si hubieran desaparecido.

El viernes me fui mucho antes a casa, tenía el trabajo al día y pude irme antes. Pero antes me pasé por el centro a comprarme algunas cosas y terminé tomándome algo en una terraza. Estaba tranquila cuando alguien se puso a mi lado.

Sergio...

— No esperaba verte por aquí. ¿Bebiendo en horas de trabajo? Te acompaño.

— Vale, como quieras —dije sonrojada, me quedé en blanco.

— La madre de Alicia está mal y estamos en casa de los padres de ella —le pidió una cerveza al camarero.

— Lo siento, espero que no sea nada.

— La edad. A mi mujer la tuvo bastante mayor. Con 50 años. Así que son los achaques de la edad...

— Lo siento.

— No pasa nada. ¿Y tú qué?

— Pues como siempre...

— ¿Estás bien?

— No entiendo que aparezcas y desaparezcas como quieras. Me haces daño. Para ti será normal, pero no para mí y sufro...

— Nunca quiero hacerte daño.

— Ya, pero lo haces.

— Ojalá te hubieras cruzado en mi vida antes.

Esa frase me dolió, fue como un puñetazo. Él no me quería, no iba a querer nada conmigo, solo sería sexo.

— Ya, ¿qué quieres entonces de mí?

— Te deseo, Tina, pero no podemos estar juntos.

— Te pregunto de nuevo, ¿qué quieres entonces de mí?

— No quiero perderte.

— Eso no es una respuesta... ¿Crees que seré una aventura por el tiempo que quieras y mientras no te aburras de mí?

— Deseas estar conmigo tanto como yo.

— Sigue, sin responderme, cómo no.

— ¿Qué te digo? No puedo decirte que dejaría todo por ti. Eres muy importante para mí, como lo es mi hija, pero no puedo darte nada.

— No quiero nada, pero esto tampoco.

— ¿Por qué no? Nos hace felices cuando estamos juntos.

— Sí, pero siempre nos separamos y soy yo la que se queda bien jodida.

— Si es así, dejaré de buscarte —se levantó y se marchó rápidamente.

Me quedé allí sin saber qué hacer. Tenía que olvidarlo, no iba a haber nada serio entre nosotros y yo no iba a perder a mi marido por algo así. Fui en su búsqueda, le dije que lo esperaba en el bar que había cerca de su trabajo, me pedí un vino y lo esperé.

A Sergio tenía que olvidarlo sí o sí.

Bruno y yo nos pasamos la tarde por la ciudad, no tenía ganas de ir a casa y estuvimos caminando y de compras. Cenamos fuera y cuando llegamos a casa era la hora de irse a dormir.

El sábado acepté la propuesta de Noemí de irnos a su casa de campo. Me vendría bien cambiar de aires y salir de mi casa. Iba a quedarme loca con tanto pensar. Tardamos como dos horas en llegar y dejamos la cosa en la habitación. Bruno y Marcos prepararon algo de picar mientras. Después de almorzar, nos relajamos en el jardín con una copa de vino y los chicos decidieron dar una vuelta por el pueblo.

Estábamos conversando cuando el nombre de Sergio salió a la luz y me puse nerviosa. Casi se me cae la copa de vino. Pero menos mal que ella no se dio cuenta de nada, no lo relacionó.

— Me da pena que no hayan venido —dijo Noemí —, al parecer su madre está mal y la están acompañando.

— Sí, es bastante mayor.

— Vaya, no sabía que te había contado. Espero que no sea grave y que todo esté bien pronto. Alicia me cae bien...

— ¿Pero? —pregunté cuando Noemí dejó de hablar.

— No lo sé, me divierto con ella. Hasta que saca esa forma de ser y la lía. En la mala del cuento—dijo suspirando.

Me reí, lo decía tan en serio que no podía evitar morirme de la risa.

— Es que aún no sé qué mala del cuento es —me guiñó el ojo—. Es buena mujer, divertida, pero no sé, con Sergio... Me da pena.

No quería que se diera cuenta del efecto que su nombre provocaba en mí. Y yo era bastante expresiva, se notaría. Bebí y miré al frente, a ver si así podía controlar mis emociones.

— ¿Pero por qué sigue con ella, Tina? No tiene por qué. La querrá demasiado...

— No sé —esperaba que olvidara el tema.

—A lo mejor él da otra imagen a lo que es en realidad y es ella la que tiene la razón.

— ¿Quién tiene la razón?

Menos mal que mi marido llegó e interrumpió la conversación. Traían comida para preparar una barbacoa para cenar. Fue el momento de levantarme y ayudarlos a organizar las cosas. La excusa perfecta.

Cenamos, nos tomamos algunas copas y nos acostamos temprano. Había sido un día pesado y cansado y así podíamos estar más relajados al día siguiente, para disfrutar el poco tiempo que tendríamos allí antes de volver a casa.

Miré la hora en el móvil y al mirar a Bruno vi que me miraba.

— Hola, cariño —dijo sonriendo.

— Buen día. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

— No, pero me gusta mirarte.

— Siempre con eso, ¿no te aburres de mí? —me burlé.

— No sé... ¿Debería hacerlo? —me acercó a él. Me besó y no me apetecía tener sexo en ese momento, tenía que levantarme. Fingí tener un terrible dolor de cabeza—. Estás vieja, no debes beber tato —me dio un beso y se levantó—. Vamos, vístete, prepararé café.

— Gracias —le dije mientras me quedaba en la cama un rato más.

Cuando me dejó sola en la habitación, pensé que tenía que cambiar mi forma de actuar o mi marido acabaría notando algo. Cogí mi móvil, deseando leer mensajes antiguos de Sergio, pero me había bloqueado y no podía leer nada. enfadada, tiré el móvil. No podía con todo aquello. Tenía que olvidarlo de una vez. Él me había dejado claro lo que era yo para él y estaba jugándome mucho. Mi marido me amaba. Lo nuestro iba bien. Tenía que ser feliz y olvidar. Pero no podía evitar sentirme triste.

Me levanté de la cama y me vestí, estaban ya todos desayunando cuando llegué. Besé a mi marido y sonreí de vuelta cuando me ofreció esa enorme sonrisa ante mi gesto.

Aunque a momentos tristes, pasé el día bien. Al día siguiente comenzaba de nuevo la rutina y yo tenía que seguir con mi vida, y siendo feliz con mi marido. Y a Sergio tenía que olvidarlo. Por más que me doliera, tenía que decirle adiós.

CAPÍTULO 7

La mañana después de la vuelta del viaje pasó lenta, algo dolorosa pero diferente, estuve haciendo unas cosas y preparando juicios.

Estaba paranoica, me había dado por pensar que quizás había idealizado mucho a Sergio y que eso me había llevado a una atracción por algo que quizás jamás existió.

Sonó el grupo de WhatsApp de las chicas, incluida su mujer.

Alicia

“Hola, guapas. Este fin de semana deberíamos preparar algo ¿No creéis?”

Noemí ***“Deberíamos de salir a mover el esqueleto por Jerez...”***

Jerez, el lugar que paradójicamente más recuerdos me traían.

Alicia

“Sé un sitio de quedarnos baratos alojados, por si bebemos y no queremos volver con una borrachera del copón”

Noemí

“O ir y venir en un taxi de seis plazas.

Alicia

“También, lo que diga Tina.”

Tina

“Perfecto, opto por el viernes...”

Noemí

“¡Esa es mi chica!”

Alicia

“Sergio me dice que le parece genial el viernes, que muy buena idea”

Alicia

“¡Sí! De lujo. “

Tina

“Estoy cocinando, todo perfecto, ya lo vamos hablando para quedar”

Noemí

“¡A brillar! Nos pondremos mega guapas.”

Alicia

“Jajaja. Cualquier trapito nos sentará genial ¡somos preciosas!”

Flipando así estaba, el viernes vería de nuevo a Sergio, sin comerlo ni beberlo, pero con un distanciamiento evidente y palpable entre nosotros.

Cuando llegó Bruno le comenté lo de salir el fin de semana con todos, le pareció muy buena idea y me recordó que al siguiente nos íbamos de puente, sonreí haciéndole ver que estaba deseando, no merecía un gesto menor a ese, estaba poniendo todo lo que estaba en sus manos para sorprenderme, lo de Paris le parecía poco, era un gran hombre, el mejor del mundo entero, a pesar de que yo había perdido mi cabeza.

Los siguientes días pasaron volando, increíble pero cierto, me fui de compras, estuve trabajando, intentando evadir la cabeza, comía en algunos sitios con Bruno durante la semana a la salida del trabajo, intentaba no pensar en Sergio, quizás el saber que lo vería ese día hacía que me sintiera más tranquila, pero era cierto que yo intentaba poner de mi parte, para que mi matrimonio se salvara.

Llegó el viernes, habíamos quedado en mi casa, en la puerta, donde nos recogería el taxi, llevaba un vestido negro, con unas botas alta, el pelo recogido, los labios rojos y dispuesta a saber qué es lo que pasaría por la mente de Sergio al verme, su mirada lo delataría, lo tenía claro.

Al verme, me comió con la mirada, yo evitaba mirarlo y Marcos se encargó de llamar al taxi que unos minutos después estaba en la puerta de casa.

Nos fuimos a cenar a unas bodegas donde ponían unas exquisitas carne a la brasa, además de las botellas de rioja que comenzaron a volar y que hacía que todos charláramos como cotorras y nos reíamos de todo.

Notaba como Sergio buscaba mí mirada, esa que yo evadía y disimulaba.

Bruno comenzó a contar los planes del fin de semana, sin desvelar el destino, a Sergio le cambió el semblante y pareció no hacerle ni puta gracia, pero a mí me daba igual, quería que entendiera que él era el que había elegido y no a mí precisamente.

Miré el móvil y para mi sorpresa Sergio me había puesto un mensaje.

— Volveré a tenerte en mis brazos.

Le di a borrar, negué con la cabeza mientras ponía los ojos en blanco, él me miraba, estaba claro que lo deseaba y que estaba deseando, pero no volvería a jugar su juego.

Tras la cena nos fuimos a tomar copas por los lugares del centro y Alicia no paraba de decir tonterías, a Sergio se le notaba que la quería matar con la mirada.

— Bruno ¿Dónde te llevas a esta? – preguntó su mujer haciéndose la graciosa.

— ¡Secreto! Exclamó sonriendo.

— ¡A mí no me dan esas sorpresas! – miró a Sergio reprochándoselo.

— Mi mujer se lo merece, como todas está claro, pero yo al ser su marido, la pienso complacer toda la vida – me hizo un guiño.

— ¡Qué aprendan otros! – soltó con ironía Alicia.

— Si no fueras tan payasa... - dijo bordemente.

— Bueno, relax y a disfrutar – irrumpió Marcos.

— Tampoco puedo quejarme a este cuerpo le da muchas satisfacciones.

La cara de Sergio era un poema, era evidente que no la aguantaba ¿pero ¿qué hacía con ella entonces?

La noche fue divertida, Sergio por ultimo estaba muy serio, se notaba que quería matar a Alicia y que quería sacarme de allí.

Al día siguiente me levanté tarde, sobre las cinco, ya las chicas habían hablado por el grupo como unas cotorras, leí todo y pasé de escribir, no podía con mi cuerpo y menos con la resaca.

Las chicas planearon ir a comer al día siguiente, a Bruno le pareció bien, así que pasamos la tarde en el sofá cogiendo fuerzas y por la noche nos trajeron la comida asiática.

Fuimos en el coche al día siguiente a Sanlúcar, con Marcos y Noemí, allí nos daríamos el encuentro con Sergio y Alicia.

Comimos al aire libre, pescado frito acompañado con vino blanco, charlando sobre lo divertida que había sido la noche anterior, pero Sergio tenía una cara de despedir gente y cada vez que hablaba su mujer, él parecía que la iba a matar con la mirada, no la soportaba, eso era más que evidente.

Sergio ese día estaba con el semblante muy triste, Alicia, como siempre, no paraba de hacerse la graciosa y eso quemaba más aún la sangre de su marido.

Recibí un mensaje de Sergio, lo miré negando con la cabeza.

“Te amo con toda mi alma, a pesar de no ser capaz de poner las cosas en su sitio y llevarte conmigo”

No era justo eso, no lo era, debería de parar ya, si no era capaz de coger el toro por los cuernos, no debería de seguir diciéndome ese tipos de cosas que me hacían tanto daño.

Cuando llegue a mi casa me pasé todo el tiempo pensando, no podía seguir viviendo, mintiendo a Bruno, no podía seguir estando en una vida que ya sabía

que no me pertenecía, no quería continuar viviendo así, me estaba matando en vida.

Pase una semana rara, los tres primeros días intenté convencerme de que debía coger una rutina, de que debía centrarme en mi casa y en mi matrimonio, además de mi trabajo, ese que amaba y que había conseguido que me tomaran en serio.

Todo era difícil, con lo fácil que era antes, pero ahora no, ahora todo estaba del revés y eso me mataba en vida.

El jueves llegué pronto a casa, quería leer, disfrutar del relax, evadirme de todo, así que estuve en el sofá hasta que llegó Bruno, no sabía dónde me llevaría al día siguiente, pero él no pensaba desvelarlo.

Me duche y Bruno ya me esperaba en la cama.

— Ven – dijo señalando el lado.

— Me pongo el pijama.

— No, así está bien.

Me quitó la toalla y quedé desnuda frente a él.

Comenzó a hacerme el amor salvajemente, como hacía mucho que no hacía, pero yo me dejé llevar quería ofrecerle lo poco que salía de mi en aquellos momentos, pero no se merecía menos.

Tras hacerlo, nos abrazamos, el no paraba de tener gestos de cariño conmigo, se le notaba que me amaba y deseaba con todas sus fuerzas, a partes iguales, sin importarle el humor que tuviera cada día, era la mujer que amaba y siempre me lo había demostrado.

CAPÍTULO 8

Por fin era viernes y ya tenía todo preparado en el coche de mi marido. Lo dejé listo cuando me llevó esa mañana al trabajo. Quedé en que me recogería en la puerta del ar al salir, me daría tiempo a comer algo.

Seguía triste por no saber nada sobre Sergio, pero sabía que iba a pasar unos días bonitos junto a mi esposo. Tal vez era la oportunidad de intentar mejorar nuestra relación y olvidarme de Sergio.

Salí de trabajar, fui hacia el bar, llegué un poco más tarde porque me quedé terminando unas cosas en el trabajo. Mi marido ya estaba allí, me sonrió y me enseñó el reloj, riñéndome. Comimos algo rápido y salimos rápidamente porque íbamos tarde. Llegamos al aeropuerto, facturamos el equipaje y yo ya estaba nerviosa, quería saber adónde íbamos. Hasta que vi el cartel donde ponía Marrakech. Actué como una niña pequeña, chillando y saltando. Tenía unas ganas tremendas de conocer ese lugar. Conocía de gente que había estado allí y yo deseaba también poder contar cosas sobre ese lugar que me parecía tan especial.

Y por fin iba a poder hacerlo.

El vuelo duró poco, aterrizamos y nada más poner un pie en aquellas tierras, pude notar lo diferente que era todo. Pero me sentía como en casa. un taxi nos llevó hacia donde nos alojaríamos, yo no dejaba de mirar todo a través de la ventanilla, sin perderme ni un solo detalle. Estaba más que impresionada.

El interior del hotel donde nos alojamos, cerca de la plaza Jemaa El Fnaa, era de película. Todo de lujo y nos alojábamos en una suite adornada completamente al estilo marroquí. Pero lo que más me gustó de todo fue el jardín que teníamos para nosotros solos.

Nos dimos una ducha y nos arreglamos. Salimos a caminar por la ciudad y me impresionó ver cómo todo cobraba vida cuando comenzaba a anochecer. Estaba viviendo en persona lo que tantas veces había visto en televisión.

Me encantaba....

La ciudad, sus mezquitas, sus medinas. Cada cosa más impresionante que la anterior. La plaza se llena de gente dándole vida, llenando ese lugar de colores y olores diferentes. Otro continente. Otra cultura.

Por allí caminaban todo tipo de personas y de todo se había un negocio, ya fueran dentistas, como vendiendo comida y bebida, como haciendo tatuajes... Todo estaba repleto.

El olor a comida también era diferente, tanto como el sabor, característico de ellos, o eso me parecía a mí. Y yo quería probarlo todo. Y mi marido no paraba de decir que al final tenía que llevarme a urgencias si no dejaba de comer cualquier cosa que viera, sin importarme lo que fuera: caracoles, pinchos morunos, lo que fuera...

Caminando, comiendo, bebiendo... Cuando llegamos al hotel, caímos completamente rendidos, pero el día siguiente lo disfrutaríamos más.

Nos levantamos y desayunamos en el bar que el hotel tenía en el jardín, era una belleza y el tiempo era perfecto. Como el desayuno, no había nada que no probara, a ese paso me iba a acostumbrar rápidamente a esos desayunos. El café no era muy bueno, pero no me importaba.

Notaba a mi marido feliz y relajado y eso me hacía feliz a mí. También estaba disfrutando tanto como yo, se notaba en su cara cómo se quedaba sin palabras ante muchas cosas. Lo estaba viviendo al máximo.

Como yo... solo que no podía quitarme de la cabeza a Sergio. Borré ese pensamiento y me centré en Bruno. Merecíamos volver a tener lo que teníamos.

Nos perdimos por las callejuelas de la Medina. Yo estaba embobada en todo momento. Me encantaba la cantidad de gente que había allí. Y la cantidad de joyerías. Me compré algunas cosas, el precio era mucho menor que en nuestro país y me aproveché para llevarme monerías. Y, además, con garantía.

Me pasé todo el día haciendo fotos de todo, quería recordar cada momento y cada lugar, que nada se me olvidara. Nos perdimos por la ciudad, estuvimos de compras, comimos en varios sitios. Y aún me quedaba tantos platos típicos por probar...

Por la noche cenamos fuera y ya volvimos a la habitación, habiendo pasado uno de los mejores días en la ciudad que tantas ganas tenía de conocer. Y eso había que celebrarlo con una noche de sexo acorde al momento tan especial que estábamos viviendo.

— Cariño, tengo otra sorpresa para mañana, nos vamos al desierto, estaremos unos tres días y ya volvemos a España-

— ¿A Merzouga? ¿Al desierto? ¿De verdad? ¡Oh, Dios!

— Sí, reservé dos noches en un campamento, pero si quieres cambiamos a un bungalow o...

— No, no. Quiero probar esa experiencia bien. En esas tiendas de campañas gigantes. Así será más inolvidable.

— Pues perfecto, mañana cogemos las maletas y nos vamos al desierto. Será inolvidable, ya lo verás.

— ¡Sí! Ya lo es, estos dos días ya son inolvidables, cariño.

Nos levantamos felices y desayunamos pronto. Dejamos la habitación y nos montamos en un 4x4 que nos estaba esperando. Partimos hacia el desierto y yo no pude de dejar de mirar a través de la ventanilla cada lugar por donde pasábamos.

Después de pasar el Atlas llegamos a Kasbah de Ait Ben Haddou, una ciudad fortificada, era increíble. Seguimos hasta Ouarzazate y allí dormimos la primera noche.

Me puse la chilaba que me había comprado y me acerqué a mi marido, que estaba tumbado en la cama. Quería jugar con él. Tenía que luchar por mi matrimonio.

Por eso quise seducirlo y jugar un poco como sabía que le gustaba.

Modelé, paseando, alrededor de la cama donde se encontraba. Él se sentó y me observó, sin perder detalles de los movimientos. Levanté la prenda, un poco, un poco más, para que mirara mi piel. Una sonrisa pícaro se dibujaba en sus labios.

— ¿Poniéndome nervioso?

— Quizás —bromeé.

— Muero por estar dentro de ti.

Me gustó oír eso, me quité la chilaba y me quedé desnuda. Me dijo con el dedo que me acercara y yo respondí que no con la cabeza.

— Quítate la ropa —le ordené.

No puso ninguna pega, lo hizo y se quedó como estaba. Me puse encima de él, sentándome sobre sus caderas. No quería que me tocara, quería el control para mí. Era lo que necesitaba. Lo besé y lo acaricié. Pero el deseo se apoderó de mí y follamos como salvajes, con prisas. Necesitaba eso, saber que podía pelear por mi relación y supongo que él el tenerme cerca o sentirme cercana.

Y tenía que olvidar lo que hice con Sergio.

Bebimos, reímos y tuvimos sexo. Nos dormimos agotados, pero con la

seguridad de que iba a luchar por mi marido y por lo que teníamos.

Al día siguiente, después de desayunar, nos montamos en el 4x4 y atravesamos las montañas. Nos paramos varias veces a tomar un té y a seguir disfrutando de ese país.

Tras un largo camino, llegamos al campamento donde nos quedaríamos. Era increíble, nunca me lo podría haber imaginado.

Tenía un gran salón, el lugar estaba cimentado, con baños, suites, terrazas a pie de las dunas. Una piscina impresionante, todo lo necesario para disfrutar como en un cuento.

Me quedé enamorada de ese sitio y eso lo notaba mi marido, estaba más cariñosa con él. Todo estaba yendo bien y aunque estaba contenta, Sergio seguía en mis pensamientos.

Acomodamos el lugar donde íbamos a dormir y salimos a cenar al restaurante donde teníamos preparados unos platos que te hacían la boca agua. Era un placer degustar esa comida. Comimos mirando cómo la gente hacía lo mismo, paseaba y se hacía fotos con los camellos. El té nunca faltaba en la mesa y nosotros parecíamos unos recién casados. Todo era mágico en aquel lugar.

Y mágico fue hacer el amor con él antes de dormir en ese lugar de ensueño.

Nos despertaron temprano para montar en camello y llevarnos a la Gran Duna. Allí vimos el amanecer. Era lo más bonito que había visto en mi vida. Nos tomamos fotos y volvimos al campamento. Estaba hambrienta y me acabé el desayuno al completo.

Me sentía feliz, sabía que había vivido uno de los mejores momentos de mi vida y que lo repetiría sin ninguna duda.

Bruno sonreía sin parar mientras desayunábamos, parecía que quisiera hacer algún comentario, pero no lo hacía. Su mirada... Todo un seductor.

— Venga, ¿qué me quieres decir? — no pude más, me podía la curiosidad.

— Me conoces bien...

— Claro, no lo dudes, así que ve soltando...

— He estado pensando y creo que...—empezó.

Y ya no decía nada más, parecía que le diera miedo. Lo animé a hablar, pero no lo hacía y acabó con mi poca paciencia.

— ¿Crees que...? ¿Pensando en qué?

— Creo que podrías quitarte el DIU... Creo que es el momento de que tengamos un hijo.

Casi me ahogo en ese momento, creo que hasta lo hice. Ahora entendía por qué no me decía las cosas claramente. Porque lo que menos esperaba oír esa eso.

— Nos cambiará la vida, no sé si es el momento. Sé que es momento de fortalecer nuestra relación, pero no por ello debemos precipitarnos. Es una decisión muy importante y no sé si es el momento o si estamos preparados - eso fue lo que dije, no sabía si era el momento, no podía pensar en eso ahora. Pero es que tampoco podía negarme porque me estaba haciendo ilusión la idea. Tenía miedo.

— Hagámoslo —puso cara de pena y algo en mi mano.

— ¿Qué es? —pregunté intrigada.

— Lo compré mientras te probabas la chilaba en esa tienda, no fui al servicio, sino a comprarte esto.

Lo abrí casi con miedo por los nervios. Siempre había sido detallista y a mí me encantaba eso. Eran unos preciosos pendientes de oro con brillantes.

— Dios, son preciosos —dije emocionada y me levanté a abrazarlo y besarlo.

— ¿Entonces tendremos un hijo?

— Sí, creo es el momento —y eso fue lo que sentí en ese momento, me sentía feliz con la idea. Si era el momento o no, no lo sabía, pero...

— Mi amor, no sabes lo feliz que me haces. Gracias.

— No me agradezcas eso.

— Sí lo hago. Cuanto más lo pienso, más feliz soy con la idea. Llevo días dándole vueltas al tema.

— Qué calladito lo tenías...

— Te he visto triste y rara, pensé que sería un bajón y que tenías que pasarlo, pero también que esto nos ayudaría a ilusionarnos con nuestra vida de nuevo y a dejar la tristeza que arrastrabas a un lado. Y aumentaríamos nuestra familia.

— No quiero tener un hijo por eso —le aclaré.

— No malpienses. Solo creí que era el momento de replantearnos las cosas y de pensar en ser padres. No quiero esperar más, y quiero que seas feliz.

— Gracias...

Paseamos por el pueblo de al lado, compramos cosas típicas de allí, íbamos cargados a España, pero no podíamos dejar de comprar todos esos recuerdos.

Yo seguí todo el día pensando en el tema de tener un hijo. Me hacía ilusión, sí, pero no sabía si era el momento para ello. De todas formas, dejé los miedos a un lado, dispuesta a poner todo de mi parte para retomar la relación con Bruno.

Y en ese momento me imaginé el momento en el que me dijeran que tenía un bebé dentro de mí y las lágrimas anegaron mis ojos.

Pasamos la tarde en la habitación, cenamos y tras una velada musical alrededor del fuego, disfrutamos de esa preciosa noche.

Nos despertamos temprano para ver de nuevo ese amanecer que recordaría toda la vida. Bruno no dejaba de bromear y yo de reír. Estaba feliz con la idea de ser padre y yo lo era viéndolo a él feliz.

Desayunamos y nos montamos de nuevo en el 4x4 para volver a Marrakech y pocas horas después ya estábamos volando hacia España. El vuelo fue rápido y llegamos unas horas después a nuestra ciudad, cargados con las maletas y todas las ilusiones que habíamos compartido en ese viaje.

Ese viaje hacía que comenzara una nueva etapa en nuestras vidas.

Llegamos a la puerta de casa y nos encontramos a Sergio. Nos saludó dándonos un abrazo a cada uno y la bienvenida a casa. se me iba a salir el corazón del pecho, pero tenía que controlarme.

Eso ya se había acabado, no me podía afectar verlo.

CAPÍTULO 9

Era alucinante lo bonito del viaje que habíamos tenido, ahora me costaba volver a la rutina.

Un mensaje llegó al grupo y era de Alicia.

“Ni debería de escribir, pero quiero decirte Tina que yo y mi marido vamos a empezar de cero, creo que el tuyo después de informarle de todo no te quiere ni ver, menos mal que puse un detective privado, eres una asquerosa, putona, mala mujer y la vida te pondrá donde te mereces.

Alicia abandonó el grupo.

Noemí no paraba de preguntarme y yo estaba en shock, no me lo podía creer.

Bruno no me cogía el teléfono, dejé el trabajo y fui a mi casa, allí había una carta de su puño y letra.

“No esperé jamás ningún tipo de despedida contigo y menos en la obligación de hacerla por una traición de tal envergadura. Me he llevado todas mis cosas, mi abogado se pondrá en contacto contigo, puedes quedarte lo que quieras. Después de todo te deseo lo mejor, pero a mí no me busques. Qué sea feliz, si puedes.

Bruno.”

A la mierda, me había cargado mi vida, de un plumazo, todo aquello que Bruno y yo construimos con tanto amor. Bruno se había llevado sus cosas, no

había nada de él en la casa, había perdido todo, la había cagado y había sido usada como un objeto y pasatiempo, tonta de mí, lo había perdido todo.

Le mande un mensaje a Sergio agradeciéndole que se hubiera cargado mi vida y deseándole que fuera feliz con su mujer, tenía rabia y dolor, no dejaba de llorar.

Llamaron a la puerta y era Noemí.

— Pasa.

—Cariño ¿Es verdad todo?

—Sí, Bruno ya se fue para siempre – rompí a llorar.

Noemí estaba alucinando.

— Está mal...

— Lo sé, soy la única culpable.

— Ponte en su lugar.

— Lo hago y tiene razón en haberse ido y sentir el despecho tan grande que siente. Me dejé arrastrar por Sergio, pero lo....

— No, no lo digas – dijo asustada.

— Estoy enamorada con todo mi alma.

— ¿Y él?

— El con ella, como ya dijo Alicia en el mensaje y yo en Marruecos había decidido olvidar todo y comenzar de nuevo con Bruno, dedicándome solo a él.

— Lo siento – me dio un abrazo.

— Tranquila.

— Tienes que levantarte de esta, eres joven...

— Lo sé, aunque ahora lo veo todo muy negro.

— Vamos a que te del aire y cenar algo, no puedes quedarte en estas cuatro paredes.

— Otro día, hoy solo quiero descansar y poner mi cabeza en orden, cosa que dudo.

— Vale, mañana te llamo, dijo abrazándome.

En la puerta de casa estaba la madre de Sergio a chillidos, recriminándole a su hijo que esa mujer era una ruina y lo tenía hasta separado de su hija, me quedé flipando y entré de nuevo a mi casa.

— Mamá, ya...

—No, Sergio, o la dejas o vas a arruinar tu vida más aún.

Mi cabeza no paraba, no me dejaba dormir, ni descansar la mente, tenía un flash con todo lo ocurrido tanto bueno, como malo, como horrible.

El abogado de Bruno me llamó para pedirme que le enviara redactado el convenio, yo estaba tomando el primer café de la mañana y no tenía ganas de nada.

— Hágalo usted, la casa que se venda ya y todo repartido equitativamente.

—Vale, los coches entiendo que cada uno se queda el suyo.

— Sí...

— Entendido, la mantendré al tanto.

— Gracias...

Llamé a la agencia para que la pusieran a la venta lo antes posible, fui organizando todo en cajas, ya había dicho que me buscaran de paso una casa.

Noemí me llamó

— ¿Qué tal?

— Ya vamos a vender la casa, estoy preparándome para irme de aquí, se me cae el techo encima.

- Perfecto, quiero que estés bien.
- Cuando me vaya de aquí estaré mejor.
- Seguro...
- Sí.
- Vamos a tomar algo.
- Hoy prefiero seguir empacando.
- No puedes quedarte en esas cuatro paredes.
- No tengo ganas de nada hoy.
- ¿Necesitas que vaya a ayudarte?
- Tranquila, me viene bien estar sola.
- Llámame para lo que necesites.
- Tranquila, lo haré...

Al día siguiente me fui a ver unos chalets, uno de ellos me enamoró nada más verlo, con un buen terreno, amplio, reformado, una gran chimenea y una cocina

espectacular.

Me lo quedaba sin dudas, les dije que me prepararan el contrato.

Los siguientes días los pasé preparando todo, en la otra casa me iba a hacer un despacho para quedarme allí los días que no tuviera que ir a juicio.

Compré los muebles, menos la cocina que era espectacular y estaba montada, me quería ir a vivir allí al siguiente fin de semana.

Nuestra casa se vendió de seguida, en la primera visita y por fin llegó el día de la mudanza.

El día de la firma de la venta no vino Bruno, su abogado con unos poderes lo hizo todo, además aprovechamos para firmar el convenio de mutuo acuerdo.

CAPÍTULO 10

Mi vida parecía que volvía a centrarse. En el trabajo, en mi relación y, sobre todo, en esa casa que era todo un reto. Mi familia ya sabía sobre mi separación, no les gustó oír eso, pero tuvieron que aceptarlo y menos mal que me apoyaron incondicionalmente.

Seguía sufriendo porque no era capaz de olvidar a Sergio. No importaba todo lo que me había hecho sufrir, seguía en mi mente. No podía olvidar todo lo que habíamos vivido juntos, no dejaba de recordarlo.

Me pasaba el día de compras, comía fuera de casa. Mis amigos y mis compañeros de trabajo se convirtieron en apoyos importantes porque sabían que no estaba pasando por algo fácil.

Intenté tener actividades, como baile, lo que me ayudaba a evadirme fuera de casa y a retomar el control de mi vida. Y a hacer algo con mi tiempo libre, algo que no fuera pensar.

Tenía que ir a ratificar mi divorcio. Me encontré allí con Bruno y ni me miró. Lo entendía, seguía dolido. Yo tampoco pude decirle nada, firmé y me fui, dejando atrás lo bonito que habíamos compartido los dos. Porque era una parte feliz e importante de mi vida que nunca olvidaría. Pero sí tenía que dejarla atrás.

Estaba en mi despacho, era por la mañana temprano, tenía un juicio que preparar y llegué pronto a la oficina. Entonces llamaron a la puerta.

— Adelante.

Pestañeé varias veces, no podía ser. Era Sergio quien entraba en mi despacho. Le brillaban los ojos. ¿Iba a llorar?

Cerró la puerta y me preguntó si podía sentarse. Yo no podía reaccionar, pero acepté.

— Tina... Quiero hablar contigo.

— ¿Hablar de qué, Sergio?

—Tengo que decirte la verdad. No puedo guardármela más. Por favor, escúchame y si quieres, me voy. Pero escúchame, necesito que lo sepas todo. Lo que pienso y lo que siento.

— No debería hacerlo, pero está bien, dime...

— Sé que te hice daño, pero hay cosas que no son como crees...

Me reí, no pude evitarlo. Era todo un cínico.

— Has sido un cobarde, eso es lo que me has demostrado. Pero no me sorprende, criticabas a tu mujer y al final seguías con ella, con la cabeza gacha, además.

Me merezco pagar por haber estado contigo, pero me habéis dejado muy mal. Me hiciste daño, estoy dolida y no es que piense muy bien de ti.

— No soy un cobarde. Tenía que aguantar, no quería cometer el mismo error otra vez. Era la tercera vez que lo intentaba. La cagué antes y perdí a la madre de mi hija. Y no podía volver a joderla de nuevo por tercera vez. La quise mucho, pero pensé que con esta sí sería feliz. Lo dejé todo y no quise que se repitiera la historia.

— Claro, es más fácil un polvo y satisfacer tus deseos sexuales que...

— Estaba asustado. Me di cuenta de que te amaba. Me estaba enamorando de ti. Cuando mi mujer descubrió todo y me dio otra oportunidad, vi que no era feliz junto a ella. Mi familia tampoco era feliz teniéndome cerca.

Comprendí que quería darle una oportunidad a mi corazón. Necesitaba luchar por la persona que en ese momento lo hacía latir con fuerza.

— No te entiendo, Sergio...

— Sé que no me darás una oportunidad, pero yo no voy a seguir viviendo una mentira.

He dejado a mi mujer. Estoy viviendo con mis padres ahora y joder, sigo sin saber cómo vivir sin que estés conmigo.

Te echo de menos como no puedes ni imaginar. Sé que no podrás perdonarme, lo que hice no tiene perdón, pero tenías que saber que tú eres la mujer de mi vida. La única que existe y la más importante. Haría lo que fuera por poder estar a tu lado.

¿Pero qué...? No podía creer lo que oía. Y yo, además, solo deseaba besarlo y estar con él para siempre. Formar una vida junto a él.

— Sergio, yo... No sé qué decir.

— Nada, no digas nada. Tenía que decirte lo que sentía. Tenía que decirte la verdad. No por ello espero nada ahora, pero sí me gustaría que hicieras algo por mí. Estate el viernes en el Restaurante El Arte que está frente a la playa. Entenderé que ni eso quieras hacer por mí, pero yo te estaré esperando de todas formas.

Con los brazos abiertos. Para entregarme a ti, para amarte cada día de mi vida. Para compensarte por todo lo que te he hecho pasar.

Eso es lo que te pido. Que escuches a tu corazón – y se marchó llorando. Y yo me quedé completamente sin poder reaccionar.

No podía dejar de pensar en lo que me había dicho. No había sido para él nada como yo pensaba y eso me llenaba de alegría. Después de pensarlo, allí estaría el viernes. Por supuesto que estaría. Iba a darle esa oportunidad, él había sido sincero y yo no iba a ser menos. Y él era el hombre al que amaba. Por él había perdido toda mi vida. Por él había apostado.

La semana se pasó lenta. Había hecho de todo por distraerme, pero no lo conseguí. El jueves dejé el trabajo del viernes listo para tomarme ese día libre, necesitaba paz mental para encontrarme con el amor de mi vida.

Noemí sabía todo y no dejaba de mandarme mensajes. Estaba feliz por mí, pero se sentía triste por Bruno. Y yo lo entendía. De todas formas, estaba ahí conmigo, deseándome la mayor felicidad del mundo porque sabía de más que Sergio era el hombre a quien amaba.

Me desperté temprano el viernes y me tomé un café relajada. Me comí un croissant y me puse a mirar el móvil. Sergio había cambiado su foto de perfil, en la nueva se le veía en la playa, sentado, pensativo, pero la frase que tenía como estado me dejó alucinando.

“Quizás se convierta en el peor día de mi vida, pero no perderé la fe en que también puede ser el mejor de todos y el principio de muchos más.”

Esa frase iba por ese día, por lo que podía suceder. Si yo iba o no. Si le diera la oportunidad o no.

Sonreí, me sentía feliz. Porque, aunque él aún no lo supiera, yo sí sabía lo que iba a pasar. Quería hacer una locura, pero no, llegaría allí y lo escucharía pacientemente, ya sabiendo él que iba a quedarme para siempre

junto a él.

Desayuné, tomé un baño, me preparé lo más guapa que pude. Unos vaqueros ajustados, un jersey que me favorecía con un gran escote y mis botas altas. Mi cabello recogido en una perfecta coleta, mi maquillaje perfecto, los labios rojos... Y lista para plantarme delante de él.

Era un día precioso, la temperatura perfecta en ese bonito otoño. Estaba muy nerviosa y no veía el momento en que todo eso pasara y poder sentirme completamente libre y sin nervios. Y a su lado.

Era bastante temprano cuando terminé de arreglarme, así que me senté en la terraza con una copa de vino. En ese momento sonó mi móvil, tenía un mensaje.

“Nunca he estado tan nervioso como hoy, espero verte o moriré del dolor.”

Que él estuviera tan nervioso como yo era, en parte, un alivio. Y respiré profundamente, pensando. Había perdido mucho, toda una vida, pero quizás ahora tendría mi recompensa. Y era lo que más quería en el mundo. A Sergio. Tener una relación con él sin tener que escondernos. Siendo libre con el hombre que se había adueñado de mi corazón.

Terminado el vino, salí hacia donde habíamos quedado. Allí era complicado aparcar, mejor ir con tiempo. Y si no, pues directamente al parking, no estaba yo para ponerme aún más nerviosa.

Me retoqué varias veces el maquillaje antes de salir del coche. Y llegué al lugar acordado.

Respiré profundamente cuando lo vi de lejos. En el momento en que sus ojos se posaron en mí, se levantó rápidamente. Vino a recibirme y me abrazó, emocionado, agradeciéndome el que estuviera allí.

Me senté frente a él. Su rostro ya mostraba otra cosa, no esa preocupación que le observé al llegar, antes de haberme visto.

— No creía que vendrías —confesó, le temblaban las manos, pero aun así

cogió las mías por encima de la mesa.

— Nunca dudé. Iba a venir —dije segura.

— ¿Pero vienes para quedarte? —seguía nervioso y yo quería complicarle un poco la cosa.

— Vine a escuchar lo que tengas que decirme. Según lo que sea, pues... De eso dependerá mi decisión —no era así, era mentira, pero necesitaba oír cosas de su boca.

— Te amo. Es la mayor verdad de todo esto. Todo lo que te dije es cierto. Y sí, Tina, soy un cobarde, no te equivocas. Aún con todo eso, no he podido sacarte de mi mente ni un solo instante.

No sé cómo fui capaz de ir a buscarte, no sé de dónde saqué la fuerza. Será el amor que te tengo. Cada vez que te he tenido conmigo, que te he tocado, cada vez que te miraba me ayudaba a seguir adelante.

— Sergio, por favor ... —no podía dejar de llorar al oírlo, también lo amaba.

— No quiero estar más tiempo separado de ti, no sabes cómo te necesito. Te lo dije una vez y es verdad. Yo puedo, no sé y no quiero vivir sin ti —comenzó a llorar allí mismo, me lo iba a comer a besos.

— Me demostraste algo muy diferente.

— Lo hice mal y aquí estoy ahora.

Ya no podía más, no podía seguir con los reproches.

— ¿Qué es lo que quieres de mí, Sergio?

— ¿Qué voy a querer? A ti, te quiero a ti —me lo dijo mirándome a los ojos y sin dejar de llorar.

Me limpié la cara por las lágrimas, me levanté para acercarme a él. Quería decirle lo que sentía por él, necesitaba besarlo, tocarlo, acariciarlo. Pero él se me adelantó, se levantó y se acercó a mí. Acarició mi cara.

— Si no me quieres, dímelo y me voy. Aunque me muera del dolor, me iré, Tina. Pero dame una mínima esperanza y te juro que no dejaré que te vayas. Porque serás la mujer más feliz de la tierra —dijo emocionado.

Solo lo miraba sin poder parar de llorar. En ese momento no podía decir nada, no me salían los sonidos. Pero salió una frase que sabía que reconocería.

— No me olvides —susurré como pude.

Aun llorando, sonrió plenamente.

— Jamás —dijo con seguridad y me besó, ya con eso haciéndome feliz.

CARTA A TINA.

“Celebramos nuestro aniversario desde la primera vez que te tuve entre mis brazos. Y hoy hace dos años de eso.

Marcaste un antes y un después en mi vida y cada noche agradezco el tenerte a mi lado.

Me has dado la felicidad, mi amor. Tú y nuestros hijos me hacéis el hombre más feliz del mundo, no tengo palabras para agradecerte eso. Para mi hija, eres una persona importante, te quiere y tú la adoras. Gracias. Y nuestro pequeñajo, al que los tres amamos y que nos trae de cabeza, nos ha unido más a todos, si se podía, como familia.

Gracias, gracias y gracias, mi amor, por amarme y por ser para mí mi mundo. Nunca dejaré de luchar por haceros felices, no quiero que dejéis jamás de sonreír. Porque eso es lo que me hace feliz a mí.

Te amo, Tina. Y eso no cambiará nunca.

Y, por favor, no te olvides de mí.”

Sergio.